

11-S COMO PARADIGMA DE UNA SOCIEDAD SIN HISTORIA

Fernando Aceituno Jiménez

Tutor: Prof. Dr. José Antonio Marín Casanova
Departamento de Metafísica y Corrientes Actuales de la Filosofía, Ética y Filosofía Política

Trabajo de Fin de Grado. Grado de Filosofía
Curso 2019/20

Facultad de Filosofía

Universidad de Sevilla

Resumen

El objetivo principal de este ensayo, es analizar por qué los atentados ocurridos el 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos, son una pieza esencial a la hora de comprender el paso de la modernidad a la posmodernidad. Por lo tanto, se abordará la problemática actual del fin de la historia desde una perspectiva hermenéutica. Para ello, se dividirá en cuatro bloques. En el primero se expondrán los motivos por los que el proyecto ilustrado llamado Historia Universal fracasó. Después se analizará el surgimiento de una nueva sociedad posthistórica y el florecimiento de un nuevo discurso dominante. Luego, se examinará, desde una perspectiva histórica e ideológica, el fenómeno del terrorismo. A su vez, se expondrá la tesis principal de este ensayo. Por último, se justificará qué modelo de discurso debe defender la filosofía para poder sobrevivir en un mundo posthistórico.

Abstract

The main objective of this essay is to analyze why the attacks that occurred on September 11, 2001 in the United States of America, are an essential piece when it comes to understanding the transition from modernity to postmodernity. Thereby, the current problem of the end of history will be approached from a hermeneutical perspective. Therefore, the article will be divided into four sections. The first point will explain the reasons why the illustrated project called Universal History failed. Thus, the emergence of a new post-historical society and the birth of a new dominant discourse will be analyzed. Then, the phenomenon of terrorism will be examined from a historical and ideological perspective. In turn, the main thesis of this essay will be presented. Finally, the model of discourse that philosophy must defend in order to survive in a post-historical world will be justified.

Palabras clave

Terrorismo, fin de la historia, hermenéutica, filosofía de la historia, posmodernidad.

Keywords

Terrorism, end of history, hermeneutics, philosophy of history, postmodernity.

Índice

1. Introducción	7
2. La luz cegadora de la Historia Universal	8
3. La sociedad sin historia	13
3.1. El nacimiento de la esperanza	14
3.2. El orgullo de la nación	17
3.3. La desilusión de una generación	20
4. 11 de Septiembre como paradigma de una sociedad sin historia	27
4.1 Terrorismo como ideología	29
4.2 La ideología del terrorista	33
4.3. Representación, misión y símbolo	35
4.4. Fundamentos del terrorismo islámico	39
4.5. Osama Bin Laden y Al Qaeda	41
4.6. 11 de Septiembre. El fatídico fin de la historia	44
5. La filosofía en la sociedad del espectáculo	48
5.1. Video killed the philosophy star	48
5.2. El pensamiento débil nos hará fuertes	50
5.3. Hermenéutica literaria. Larga vida a la metáfora	53
5.4. Intolerancia, posverdad y bulos	57
6. Conclusión	60
7. Bibliografía	61

1.Introducción

Si algo ha caracterizado al siglo XX ha sido su carácter agitado. Tal vez sea un prejuicio interpretativo debido a la cercanía histórica, pero es poco cuestionable la rapidez con la que los cambios han ido sucediendo. Un ejemplo claro de ello podríamos encontrarlos en las dos guerras mundiales que asolaron el planeta en menos de cincuenta años. La cantidad de muertos, los daños materiales y las consecuencias económicas y sociales de ambas guerras, fueron algo inaudito, imposible casi de imaginar cien años antes. Sí, ha habido guerras y conflictos a lo largo de la historia, pero la rapidez con la que se llegó a tales cuotas de destrucción era inefable hasta la fecha. Tanto fue así, que al acabar la Segunda Guerra Mundial, el ser humano poseía un arma capaz de acabar con la vida planetaria tal y como la conocemos hasta ahora. A su vez, el progreso científico y tecnológico cada vez más acelerado, hizo que el pasado cada vez se nos presentara de una forma más extraña. Probablemente uno de los principales beneficiados de esta carrera contrarreloj autoimpuesta han sido, junto a la medicina, los medios de comunicación. El alcance y la rapidez de los medios actuales han vuelto completamente obsoleto cualquier intento de vuelta al pasado. Un periódico que sólo se venda en papel, o está abocado a la ruina o a círculos excesivamente selectos. Los cambios que antes tardaban décadas en ocurrir, en el siglo XX tardaban años. Y con estos cambios, llegarían las crisis.

Las distintas ramas del conocimiento humano entraron en crisis a principio de este siglo. La ciencia, el arte y la filosofía vieron cómo sus fundamentos empezaron a no estar tan claros. La física cuántica, las vanguardias y el existencialismo hicieron visibles las distintas grietas en los grandes relatos que estaban predominando por aquel entonces en el conocimiento humano. La filosofía, motivo principal de este trabajo, vio cómo los proyectos metanarrativos y metafísicos en los que estaba desarrollándose, estaban abocados, en el mejor de los casos, a un desgaste vital agotador o, en el peor de los casos, a las mayores atrocidades que el ser humano ha podido ver. La filosofía un día se levantó y, al igual que Gregorio Samsa, se vio convertida en un monstruo en el que difícilmente podía sentirse identificada. Por ello, la filosofía se encuentra en una crisis existencial y de fundamento.

El objetivo principal de este trabajo es analizar el fin del gran proyecto metafísico que fue la Historia Universal. De cómo el espíritu moderno y racional de la filosofía como metafísica, acabaría por ser un proyecto fallido. Centrándonos en el acontecimiento histórico que se presentaría como último capítulo de esta historia, siendo este, los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Estados

Unidos. E intentaremos vislumbrar alguna respuesta de cómo la filosofía puede sobrevivir en un mundo donde ha habido tantas atrocidades e injusticias que los grandes ideales se nos presentan como algo agotado y sin sentido.

A través de un doble camino, tanto histórico, como hermenéutico, este trabajo, partiendo de la premisa de que estamos en una sociedad posthistórica, se dividirá en cuatro puntos clave:

- Primero, expondremos el agotamiento narrativo del proyecto ilustrado llamado “Historia Universal”.
- Segundo, explicaremos el surgimiento de una nueva sociedad posthistórica y postilustrada.
- Tercero, analizaremos, por un lado, el nacimiento de la noción de terrorismo y por otro, el acontecimiento histórico (o posthistórico) que fue el 11-S.
- Cuarto y último punto, intentaremos observar qué camino puede tomar la filosofía para poder enfrentarse a la nueva narrativa posthistórica.

En resumen, aunque el trabajo gire en torno a la noción del 11-S como paradigma histórico del fin de la historia, la conclusión final es pretender dar respuestas al papel de la filosofía en esta nueva sociedad, no tanto como contenido, sino como estructura.

2. La luz cegadora de la Historia Universal

Si hay un *leitmotiv* general, que ha acaparado gran parte del discurso de la, ingenuamente nombrada, filosofía continental a través del Siglo XX, ha sido, sin duda alguna, la superación de la historia. Más concretamente, de la historia como proyecto moderno y metanarrativo. No es que el devenir de los acontecimientos históricos haya desaparecido, sino que la historia que persigue un fin en concreto ha dejado de tener sentido. La Historia Universal, como intento de la superación de toda disyuntiva a través de una razón abstracta y positiva, fracasó. El gran proyecto de la modernidad, como fue la Historia Universal, en clave de una razón ilustrada, se topó de bruces con los campos de concentración, con las dictaduras, con el terrorismo y con un desasosiego existencial enorme. Como diría Don Miguel de Unamuno “¿De qué te sirve meterte a definir la felicidad si no logra uno con ello ser feliz?”¹.

1 Unamuno, M.: Del sentimiento trágico de la vida. Barcelona: Austral, 2007, p.134.

La historia ha llegado a su fin, al menos en el marco filosófico actual, siquiera la noción de esta se ha vuelto problemática. Pero para poder hablar del fin de la historia, primero habría que hablar de sus inicios. No tanto como estudios de los acontecimientos del pasado, sino como proyecto de salvación racional. Para ello, tendríamos que entender primero qué finalidad tenía la Ilustración. Habría que acudir a Kant. Pero antes deberíamos aclarar un aspecto: la novedad de un proyecto de salvación.

La historia como proyecto de salvación no es algo novedoso de la modernidad ilustrada. Esa salvación histórica empezaría con el cristianismo. Para la sociedad griega pre-cristiana, el tiempo y la historia son cíclicos. Según Eliade, en las sociedades anteriores al cristianismo, la noción del tiempo era de “una eterna repetición del ritmo fundamental del cosmos: su destrucción y su recreación periódica”² o lo que es lo mismo, “eterno retorno”. Pero con la aparición de la religión judeocristiana, el ciclo se rompe. Se pasa de la comprensión de un tiempo cósmico a un tiempo histórico. El devenir temporal debe tener un fin. Y ese fin es la salvación del hombre. Los dioses ya no actúan en un tiempo cósmico, sino que al encarnarse en la historia, hacen del devenir algo sagrado.

El cristianismo conduce a una teología de la historia y no a una filosofía de la historia, pues las intervenciones de Dios en la historia, y especialmente la encarnación en la persona histórica de Jesucristo, tienen un fin transhistórico: la salvación del hombre.³

La historia judeocristiana va encaminada a un fin concreto, no a un eterno devenir. Y cuando se alcance tal final, se habrá llegado a la salvación del hombre. Para ello, San Agustín nos plantearía la idea de la necesidad de una sociedad cristiana que buscara de forma terrenal la salvación, a través de la doctrina cristiana. Por lo tanto, diferenciaría dos tipos de ciudades ideales, la de Dios y la pagana. En la primera se viviría verdaderamente y en la otra en una mentira constante y pecaminosa. Aunque ambas ciudades en la práctica estén mezcladas, hay que proteger y defender la iluminación cristiana. Por eso su obra, *La Ciudad de Dios*, empezaría así:

En esta obra, que va dirigida a ti, y te es debida mediante mi palabra, Marcelino, hijo carísimo, pretendo defender la gloriosa Ciudad de Dios, así la que vive y se sustenta con la fe en el discurso y mudanza de los tiempos, mientras es peregrina entre los pecadores, como la que reside en la estabilidad del eterno descanso, el cual espera con tolerancia hasta que la Divina Justicia tenga a juicio, y ha de conseguirle después completamente en la victoria final y perpetua paz que ha de sobrevenir; pretendo, digo, defenderla contra los que

2 Eliade, M.: Lo sagrado y lo profano. Barcelona: Paidós, 2017, p.82

3 *Ibid.*, p. 84.

prefieren y dan antelación a sus falsos dioses, respecto del verdadero Dios, Señor y Autor de ella.⁴

Vemos como ya con el cristianismo, empezaría la historia salvadora. A su vez, vemos como se empieza a curtir cierta sensación de luminiscencia, que nos marca el camino a seguir hacia el verdadero final. Esta iluminación divina fue, durante varios siglos, el motor intelectual aclarador que movería el devenir histórico. Pero con la llegada de la modernidad, el movimiento motriz central, pasaría de ser Dios a ser el hombre abstracto, la Humanidad. Se necesitaba de un nuevo foco iluminador, que la Ilustración encontraría en la razón.

Kant, el que para muchos sería padre de la Ilustración, escribiría en 1784, cinco años antes del inicio de la Revolución francesa, su ensayo *¿Qué es la Ilustración?* Para Kant, la Ilustración es “la liberación del hombre de su culpable incapacidad. La incapacidad significa la imposibilidad de servirse de su inteligencia sin la guía del otro”⁵. El movimiento ilustrado debe concluir con la liberación total de los individuos de cualquier tutela, a través de una razón absoluta e iluminadora. Una razón sin prejuicios y libre. Que no esté intoxicada por el dogmatismo, la opinión o una tradición. Sólo con el uso de su razón, o más bien, de “la” razón. Para Kant, todos los cambios anteriores que ha sufrido la historia, son cambios de prejuicios⁶, nunca ha habido una nueva forma de pensar pura y aséptica. La Ilustración debe instaurar esta nueva concepción del pensamiento, ya que este movimiento está iluminado por una razón absoluta, no por creencias ni prejuicios. El proyecto de la Ilustración es la salvación a través de la razón, que nos llevará de nuevo, al fin total de todos los grandes conflictos y a la paz mundial. La historia tiene un nuevo final, pero la misma finalidad.

Con este impulso, nacería la concepción de la Historia Universal⁷. Friedrich Schiller consiguió su cátedra en 1789⁸ en Jena, Alemania. Ese mismo año, daría su discurso inaugural, llamado *¿Qué significa y con qué fin se estudia Historia Universal?* En este discurso se resumirían perfectamente las pretensiones ilustradas. Después de tomarse su tiempo para criticar la labor del

4 San Agustín: La ciudad de Dios. Madrid: Tecnos, 2010, p.20.

5 Kant, I.: “¿Qué es la Ilustración?”. *Foro de Educación*, nº11, (2009), p. 248.

6 *Ibid.*, p. 250.

7 Aunque no se haga referencia de forma directa, esta parte tiene una fuerte inspiración en el capítulo “Tics de la Postmodernidad, o cómo se acabó el cuento de (la historia y la filosofía en) la modernidad”, del profesor José A. Marín-Casanova, publicado en M. Almagro (ed.): Representaciones de la postmodernidad. Una perspectiva interdisciplinar. Sevilla: Arcibel, 2011. Pp. 23-68.

8 En el año en el que estallaría la Revolución francesa.

académico a sueldo⁹. Schiller enfoca el discurso en los pueblos descubiertos por las expediciones europeas. Según él, estos pueblos se encontrarían “como niños de diferente edad se encuentran alrededor de un adulto”¹⁰. En un tono despectivo, emprende la misión de enumerar cómo estos pueblos son inferiores al pueblo europeo. Viendo reflejado en ellos, el pasado de Europa, sobre todo la que quedaba lejos del Imperio Romano. En estos pueblos se ve cómo eran los pueblos bárbaros. En cambio, a diferencia de ellos, la sociedad occidental ha evolucionado, ha dominado la naturaleza y se ha ido protegiendo la vida de sus ciudadanos a través de leyes. “Un lazo cosmopolita une ahora a todas las cabezas pensantes y toda la luz de su siglo puede alumbrar ahora el espíritu de un nuevo Galileo y de un Erasmo”¹¹. La sociedad europea ha sido iluminada por un espíritu racional sin precedente. “La sociedad europea de naciones parece convertida en una gran familia”¹². Y, además, este espíritu ha creado una paz inimaginable, tan fuerte que parece irrompible.¹³ El cómo se llegó a este apoteósico final, dominados por grandes hombres cultos, es la pregunta a la que la Historia Universal da respuesta. El estudio del progreso de la humanidad. Del paso de la barbarie absoluta a la actualidad ilustrada. Pero esto va más allá, no sólo se debe enumerar únicamente los acontecimientos importantes, sino que debe vislumbrar el espíritu absoluto que ha hecho posible el progreso. “No le cegará un falso brillo, no la impulsará ningún prejuicio de la época, ya que ella experimenta el último destino de todas las cosas”¹⁴. Y por supuesto, esta Historia Universal está libre de prejuicios y de opiniones, sólo la razón pura y absoluta de este espíritu. Lo antiguo deja paso a lo nuevo, que es mucho más genuino y, por supuesto, verdadero. La Historia Universal debe seguir hacia delante, y a través de los valores modernos, científicos y libres podrá alcanzar su plenitud. Larga vida a la historia.

Con esto entramos en uno de los pretextos más peligrosos. El peligro de la verdad iluminadora, del espíritu absoluto, que sólo puede ser uno. Cuando se reduce la Historia Universal a una meta-narrativa en concreto, la europea racional y positiva, legitima inevitablemente la violencia contra el que no está dentro de ello. Los vencidos, los indígenas, los olvidados, son peores que los vencedores, ya que la Historia Universal siempre da la razón al que impera sobre el que fracasa. No hay grises, ni matices, ni opiniones, solo “la verdad” y “la historia”. Esto no acabaría

9 En *¿Qué es la Ilustración?* de Immanuel Kant, también existe una dura crítica a los tutores y a la banalidad de su trabajo.

10 Schiller, F.: *Escritos de Filosofía de la Historia*. Murcia: Universidad de Murcia, 1991, p. 6.

11 *Ibid.*, p. 8.

12 *Ibid.*, p. 9.

13 Recordemos que en poco más de 100 años, en 1914, morirían entre 10 y 30 millones de personas en una de las mayores guerras que ha asolado esta “gran familia”. Y no iba a ser la peor catástrofe que le esperaba al Siglo XX.

14 Schiller, *op. cit.*, p. 17.

bien. La noción de la “gran familia” era cuanto menos ingenua. Aparecieron nuevas meta-narrativas, que empezaron a combatir entre ellas por acaparar “la verdadera interpretación de la Historia Universal”. Mientras tanto el congoleño del Congo Belga, el judío en la Alemania Nazi o el ortodoxo en la Rusia Soviética, se quedaban fuera de estas narrativas¹⁵. Cuando proclamas una única verdad, todo lo demás, se te presenta como una falsedad.

Habríamos de preguntarnos, si la Historia Universal tiene sentido en la actualidad. O como diría Lyotard “¿Podemos continuar organizando la infinidad de acontecimientos que nos vienen del mundo humano y no humano colocándose bajo la idea de una historia universal de la humanidad?”¹⁶. Y es que al fin y al cabo “Cada uno de los grandes relatos de emancipación del género que sea, al que le haya sido acordada la hegemonía, ha sido, por así decirlo, invalidado de principio en el curso de los últimos cincuenta años¹⁷”¹⁸. Por lo tanto, la sociedad posmoderna, en tanto que la modernidad ha fracasado, pierde la fe en los metarrelatos emancipadores. La posmodernidad no busca un fin último y absoluto de todas las cosas.

Es cierto, que al igual que los mitos [los metarrelatos], su finalidad es legitimar las instituciones y las prácticas políticas, las legislaciones, las éticas, las maneras de pensar. Pero a diferencia de los mitos, estos relatos no buscan la referencia legítima en un acto originario fundamental, sino en un futuro que se ha de producir, es decir, en una Idea a realizar. Esta Idea (de libertad, de “luz”, de socialismo, etc.) posee un valor legítimamente porque es universal. Como tal, orienta todas las realidades humanas, da a la modernidad su modo característico: el proyecto.¹⁹

Esto no significa que en las sociedades posmodernas no existan discursos predominantes. Sino que estas nuevas narrativas no pueden buscar la hegemonía ni el absoluto. Las distintas narrativas tienen que aprender a convivir las unas con las otras. Porque la verdad es múltiple, por lo tanto, es mucho menos violenta.

A continuación, analizaremos cuál es y cómo es la narrativa dominante en la sociedad posthistórica. Afrontaremos el último brindis al sol que pudo realizar la modernidad, analizando el acontecimiento histórico que demostraría el final de los metarrelatos. Y, por último, veremos cómo

15 Al igual que el juicio racional a Dios depotenció el mal metafísico en la Teodicea. Cuando Hegel afirma en la “Introducción general” a *las Lecciones sobre la filosofía de la historia universal* que “la razón rige el mundo y de que, por tanto, también la historia universal ha transcurrido racionalmente” (Alianza Editorial, 2013, p. 43.) el mal histórico tiene sentido en tanto que es racional. Por lo tanto, está justificado. Y en un mundo donde ha ocurrido el holocausto o niños han muerto por culpa de coches bomba difícilmente se puede justificar todo.

16 Lyotard, J.F.: *La posmodernidad (explicada a los niños)*. Barcelona: Gedisa, 1994, p. 35.

17 Escrito en 1984.

18 Lyotard, J.F.: op. cit., p. 40.

19 *Ibíd.*, p. 30.

la filosofía puede sobrevivir en una sociedad donde no tiene apenas cabida en el discurso predominante.

3. La sociedad sin historia

Es innegable que la narrativa post-metanarrativa más influyente del mundo actual es la capitalista americana. Esta narrativa es múltiple y diversa, de ahí su gran capacidad para adaptarse a un mundo cada vez más cambiante y abierto. Esta narrativa tiene algo de particular que no tuvieron en su momento otras narrativas, y es la carencia de una base ontológica fuerte y de una meta absoluta. Los cimientos tienen que adaptarse a una sociedad cada vez más metamórfica y abierta. Para el nuevo mundo que estamos construyendo, se necesita una narrativa mucho más compleja, menos absoluta y cuyo eje central sea la libertad individual hermenéutica, o al menos, que así lo sea aparentemente. Cada individuo de esta nueva sociedad tiene una interpretación distinta de una misma realidad, que no es impuesta por una narrativa dominante, sino que es creada por las nuevas tecnologías y medios de comunicación como una narrativa única, especial e individual. Nos hacen sentir un individuo singular en el mundo. Que lo que pensamos se nos da gracias a una libertad puramente positiva. Ese ideal de libertad que nos plantea Berlin como imposible, en las nuevas sociedades, se nos da como una verdad innata a toda democracia, la de la capacidad de una interpretación ajena a cualquier agente externo que no es el propio individuo.

La nueva interpretación liberal de la realidad acontece como un hecho innegable en nuestra sociedad. El individuo tiene todas las herramientas a su mano para la creación de su propia ideología vital. Una ideología en la que el individuo se siente único, irrepetible y diferente a todo lo que acontece o ha acontecido. Se siente superficialmente completo, como si su discurso existencial, político o vital no estuviese intoxicado por ningún agente externo, inmunizado de toda mentira o manipulación. Se cree dueño de su vida, como si todo antepasado o contemporáneo que no ha podido alcanzar tal nivel de autenticación como el suyo, no existiese plenamente. Ya no es un discurso que pretenda ser absoluto, no lo intenta imponer de forma directa, no hay violencia o fuerza en sus palabras. Su discurso ya no se circunscribe en la necesidad de la meta de una sociedad, por lo tanto, no se necesita imponer a nadie. Es un modelo superficialmente múltiple, cada sujeto tiene el suyo. Es al fin y al cabo, a lo que aspira la libertad positiva plena²⁰ la capacidad

20 Aquí había que aclarar un punto importante. Podemos entender el sentido positivo de la libertad, en palabras de Isaiah Berlin en *Los dos conceptos de la libertad*, como “el deseo por parte del individuo de ser su propio dueño. Quiero que mi vida y mis decisiones dependan de mí mismo, y no de fuerzas exteriores, sean éstas del tipo que sean. Quiero ser el instrumento de mí mismo y no de los actos de voluntad de otros hombres” (Alianza editorial,

de todo ciudadano de ser capaz de autorreafirmarse y autorrealizarse, en el momento posthistórico donde cada ser humano es dueño de su propia vida. Y para ello, se necesitaría de la noción negativa de la libertad²¹, en tanto que el Estado debe proteger a los ciudadanos e impedir que se coarte la libertad positiva.

Esta es la noción de libertad que nacería con el surgimiento de Estados Unidos como nación. Donde la libertad individual está por encima de cualquier límite externo. Teniendo a cualquier intento de coartar esa libertad como un enemigo claro de la propia democracia. El Estado debe influir lo menos posible en las libertades de sus ciudadanos, siendo sólo un mero intermediario para los problemas que crea las distintas libertades al articularlas. Toda intromisión del Estado en la vida de estos, estaría mal visto, como vemos en la actualidad con el debate del derecho a portar armas.

En este capítulo, nos centraremos en la evolución narrativa de la mentalidad americana a lo largo del siglo XX y lo que llevamos del siglo XXI. Para ello, *grossomodo*, dividiremos tres grandes momentos en tres grandes autores. El nacimiento de la esperanza con Rorty, el orgullo de un país con Fukuyama y el aburrimiento de una sociedad con Postman.

3.1. El nacimiento de la esperanza

Rorty en su obra *Forjar nuestro país. El pensamiento de Izquierdas en los Estados Unidos del Siglo XX* hace un exhaustivo análisis de la evolución de la izquierda americana a lo largo de su historia, empezando por un estudio sobre los intelectuales izquierdistas de finales del siglo XIX como lo son Whitman y Dewey. Rorty veía en estos autores una necesidad de una sociedad alejada de toda noción anterior, o lo que es lo mismo, estos autores veían a Estados Unidos como un país sin historia, una tábula rasa en la que reflejar la esperanza de una sociedad autónoma a cualquier movimiento que no sea ejercido por sí misma, a diferencia de la carga teísta e histórica de Europa y Asia.

2014, p. 42.). A diferencia de la idea de independencia que promueve la Ilustración, no parte de una razón absoluta carente de prejuicios, sino de un deseo de liberación. No niega la presencia de prejuicios, creencias u opiniones, más bien, los acepta.

21 Volvemos a la concepción berliniana de la libertad. Para poder ejercer la libertad positiva, se necesita una ausencia de coacción externa. No de prejuicios, sino de oposición. El principal trabajo del Estado, desde un punto de vista hobbesiano, es que las libertades positivas de sus ciudadanos no interfieran ni coarten las libertades positivas de otros.

[Dewey y Whitman] pretendían separar la fraternidad y la caridad que propugnaban las Escrituras Cristianas, de las ideas de la filiación sobrenatural, inmortalidad y providencia, y – sobre todo- de la idea de pecado. Querían que los estadounidenses se sintieran orgullosos de lo que los Estados Unidos podrían llegar a hacer de sí mismos -por sí mismos y por sus propios medios- y no de una obediencia a cualquier autoridad, ni siquiera a la de Dios.²²

Estamos pues ante el deseo de una nación posthistórica, no ya porque se haya superado algún proyecto superior anterior marcado por un autoridad ontológica-metafísica, sino porque estamos ante el nacimiento de un nuevo país. Un país que se nos presenta como una nueva oportunidad de conseguir un proyecto nacional nacido de los propios ciudadanos, ya que carece de una carga histórica o religiosa que lo restrinja. Este nuevo país carece de un pasado que marque cualquier proyecto de futuro, por lo tanto, la carga recae sobre sus propios ciudadanos. Una oportunidad ideal para configurar un proyecto puramente humano, finito y contingente, que no aspire a la universalidad ni que provenga de una verdad superior a la que proponen propiamente los ciudadanos en democracia. “Un proyecto finito, humano, en vez de uno eterno y no humano”²³.

La esperanza de esta nueva nación necesita irremediamente de un tipo nuevo de ciudadano. Un ciudadano democrático, que se niega a obedecer cualquier autoridad que no fuese aceptada dentro del propio movimiento democrático del acuerdo libre entre los iguales. Este nuevo ciudadano necesita aceptar su contingencia, su temporalidad y aceptar la esperanza de un futuro que no está asegurado de antemano, que no persigue ninguna verdad absoluta y universal, que se va construyendo a la vez que se va definiendo. Olvidarse de la eternidad para centrarse en una nueva historia, un nuevo significado de la vida, mucho más temporal, caduco y cambiante.

La filosofía de Dewey es un intento sistemático de temporalizarlo todo, de no dejar nada fijo. Esto significa abandonar el afán de hallar un marco de referencia teórico dentro del cual se puedan evaluar las propuestas sobre el futuro humano. [...] Lo que le horrorizaba era la estasis: un momento en el que todos diesen por hecho que el propósito de la historia se había alcanzado, una edad de espectadores y no de sujetos activos, un país en el que ya no se escuchasen las controversias entre derecha e izquierda.²⁴

Cuando Europa estaba inundada por un deseo de culminación histórica, Estados Unidos y su nueva democracia, sería un oasis entre el desierto. Un país que se fundaría en la fraternidad no religiosa de una comunidad nacida de la unión de múltiples comunidades. Al fin y al cabo, Estados Unidos nació de la colonización de múltiples naciones, un hervidero cultural que se fortalecería de

22 Rorty, R.: Forjar nuestro país. El pensamiento de Izquierdas en los Estados Unidos del Siglo XX. Barcelona: Paidós, 1999, pp. 28-29.

23 *Ibid.*, p. 30.

24 *Ibid.*, p. 32.

esas diferencias, a través del deseo y la esperanza de un nuevo país autocreado y autorreferenciado, donde la única reverencia sería a sí mismo y a nadie más, ni si quiera a Dios. La religión ya no sería el eje de la nueva narrativa nacional, Dios ya no sería el límite. Estados Unidos nace de la esperanza de los ciudadanos de creer en ellos mismos, independiente de cualquier ser divino o de cualquier historia, nace de la idea de un nuevo comienzo.

Whitman y Dewey asumían, por lo tanto, que este nuevo proyecto nacional, no estaba regido por ninguna verdad omnipotente, por lo que, a diferencia de otros autores como Marx o Spencer, el futuro está completamente abierto. No sabemos qué nos prepara el futuro de antemano, por lo que este proyecto, al ser un proyecto puramente humano, puede fracasar. Ellos veían en Europa, una sociedad demasiado centrada en obtener conocimiento, una sociedad que aborrecía el error y la imposibilidad de no poder controlar el futuro. En cambio, ellos veían, en las contradicciones y en la diversidad de caminos que pueden tomar los seres humanos, la forma más pura y libre de enfrentarse a lo que está por llegar. Debemos aceptar que ningún logro o escrito humano, ha desvelado jamás el sentido último de la vida humana, por lo que, no podemos utilizar ningún molde teórico para alcanzar ninguna meta histórica que pusiera fin al propio camino. El camino humano debe aceptar la multiplicidad, asumir la incapacidad de una unanimidad absoluta y a priori. La verdad se debe construir poco a poco, no se debe de atribuir de antemano a ningún objetivo autoritario.

Para ello, el sujeto político no puede ser un ser pasivo, donde la verdad le venga dada, sino un sujeto activo, que vaya creando nuevos métodos para resolver los problemas que le van surgiendo en el día a día. Dewey según Rorty, transmuta la noción de lo “verdadero” o de lo “correcto”. Ya no se nos presenta como una adecuación del discurso a una realidad divina o de una naturaleza objetiva ajena al sujeto, sino como una solución a un problema concreto, problemas que se nos van presentando poco a poco y que pueden ir cambiando, caducando e, incluso, viéndolos en un futuro como algo completamente erróneo. Al fin y al cabo, la libertad positiva en la que se quiere cimentar esta nación asume la posibilidad de que podemos equivocarnos, podemos estar errados y podemos fallar a la hora de configurar el proyecto. Pero gracias a la multiplicidad que esa noción de libertad propone, podríamos ir poco a poco articulando los errores y los aciertos que vayan produciéndose, para poder así llegar a una sociedad libre y autosuficiente.

Este pensamiento tan esperanzador que nos propondrían Whitman y Dewey no acabó calando plenamente en la sociedad estadounidense. Aunque la idea de libertad individual y

autorreferencial estuvo y está presente, de una manera muy directa, en la mentalidad política de la actualidad. El deseo de un relato no metanarrativo no acabó por funcionar. La idea de libertad se tornó hacia una verdad casi metafísica, necesaria y objetiva, la libertad ya no era el camino, sino la meta de este. Whitman no llegó al siglo XX, Dewey vivió solo hasta la mitad, así que al menos uno de ellos, fue viendo como durante la primera mitad de ese siglo, se fueron creando tres grandes meta-narrativas, estando las tres enfrentadas entre ellas, creando así un hervidero perfecto que estallaría en la Segunda Guerra Mundial. Estas tres narrativas serían, por un lado, la fascista, representada principalmente por Alemania, Italia y Japón. Por otro lado, estaría la comunista, que gobernaría principalmente en la Unión Soviética y China. Por último, estaría la capitalista-liberal, encabezada por Estados Unidos e Inglaterra. Estas tres narrativas pretendían, de una forma u otra, alcanzar la narrativa global. Es innegable aceptar que la narrativa ganadora fue la liberal-capitalista, primero venciendo en la Segunda Guerra Mundial y luego en la Guerra Fría. En el siguiente punto, veremos qué tiene de especial esa meta-narrativa liberal-capitalista, cómo hizo posible que se expandiera mundialmente poniendo así un final a la historia. O lo que es lo mismo, cómo una narrativa que nace de una sociedad sin historia pudo ponerle fin a la propia historia.

3.2. El orgullo de la nación

Francis Fukuyama es un filósofo americano que encarnaría ese movimiento hacia una ontología metafísica e histórica de la idea de una sociedad liberal-capitalista. Este autor neoconservador, pese a su distanciamiento actual de la política conservadora, sobre todo en el ámbito de las incursiones estadounidenses en Oriente Medio²⁵, consideró la primera mitad del siglo XX como una lucha narrativa, y por supuesto bélica, sobre la dominación política y social entre las tres narrativas más fuertes del momento. Como ya hemos observado antes, estas serían la fascista, la comunista y la liberal-capitalista. A diferencia de lo anteriormente visto, Fukuyama observaría que la victoria del discurso demócrata, liberal y capitalista, no como la disolución de las narrativas absolutas y, por consiguiente, de la historia como algo universal y orientado hacia una meta común, sino como la realización de un discurso en concreto, que ha conseguido diluir y sobreponer todas las diferencias y contradicciones que el propio devenir histórico ha planteado. En resumen, Fukuyama cree que se ha llegado al fin de la historia como triunfo, no como abandono.

25 Fukuyama, F.: "After Neoconservatism". *The New York Times*, (16 febrero 2006). Recuperado de: <https://www.nytimes.com/2006/02/19/magazine/after-neoconservatism.html>

Este pensamiento parte de la victoria estadounidense, primero, en la Segunda Guerra Mundial y, segundo, sobre la Guerra Fría, llegando así a una paz mundial aparente. Aunque es cierto que la Segunda Guerra Mundial, fue una lucha directa, donde hubo una gran cantidad de pérdida tanto de vidas como materiales, la Guerra Fría fue un enfrentamiento mucho más indirecto e ideológico. La conclusión de ambas guerras no solo supondría el final de un periodo bélico y el inicio de sus consecuencias tanto territoriales como económicas y materiales, sino que acabaría con la propia noción de historia como lucha de distintas ideologías narrativas sobre el mundo. La caída del muro de Berlín y la disolución de la Unión Soviética, en 1989 y 1991 respectivamente, no sólo supondría un hecho histórico más del propio proceso temporal y narrativo de la historia, no sería un hecho histórico más del enfrentamiento político y territorial de dos naciones, sino que demostraría la victoria de una ideología en concreto sobre todas las demás. En palabras del propio Fukuyama, “Lo que podríamos estar presenciando no es simplemente el fin de la Guerra Fría o la desaparición de un período de la historia de la postguerra, sino el fin de la historia como tal: esto es el punto final de la evolución ideológica de la humanidad y la universalización de la democracia liberal occidental como la forma final de gobierno humano”²⁶. Ya no estaríamos, por lo tanto, en la historia de la humanidad como proyecto de un mundo-estado perfecto, no ya porque la búsqueda de este ideal se vuelve absurdo, sino porque se ha conseguido. Estamos ante un nuevo orden mundial, un Estado Liberal Democrático Universal²⁷.

El Estado es liberal, en tanto que debe proteger la libertad como el derecho universal del hombre, siendo esta libertad el eje en el que se debe articular todas las necesidades sociales y políticas que emerjan en cualquier punto del planeta. Es democrático ya que es elegido libremente por los gobernados, dando su consentimiento a través del voto y legitimando el poder y la autoridad que rige y defiende las libertades. Por último, es universal, ya que resuelve todas las contradicciones que puedan surgir de los problemas sociales de los distintos países. Ya no hay grandes problemas o necesidades que la propia articulación política liberal no pueda resolver por sí misma. Lo único que el estado debe hacer es proteger la libertad individual y castigar a todo aquello que atente contra ellas, quedando únicamente la actividad económica como base de este Estado homogéneo. Toda utopía planteada anteriormente, desde Platón, hasta Marx, pasando por San Agustín o Tomás Moro, ha quedado obsoleta e innecesaria. El Estado Liberal Democrático Universal ha resuelto todas las disyuntivas de la sociedad y se ha coronado como el vencedor de la carrera por la humanidad.

26 Fukuyama, F.: ¿El fin de la historia? y otros ensayos. Madrid: Alianza, 2015, p. 57.

27 *Ibid.*, p. 61.

¿Cuál fue el error que tuvieron estas metanarrativas que no tuvo la liberal-capitalista? Volviendo a lo comentado anteriormente, durante el principio del siglo XX, esta narrativa competía con otras dos, la fascista y la comunista. Tras la Segunda Guerra Mundial, la derrota del fascismo, pese a que fue una derrota muy profunda a nivel material, principalmente fue una derrota ideológica. Se demostró que era una ideología que estaba avocada a la autodestrucción desmedida, ya que propone un conflicto casi interminable y una vuelta a una inestabilidad social hobbesiana. Por otro lado, el último relato que le hacía frente, el relato comunista, partía de la idea de la superación de la contradicción máxima del capitalismo, la desigualdad social y económica que se da entre el trabajo y el capital. Esta diferencia fue resuelta por el liberalismo, mostrando una sociedad mucho más igualitaria y con mucho menos pobreza. Las desigualdades económicas, según Fukuyama, no se dan tanto por la estructura legal y económica de los estados capitalistas, sino más bien debido al legado histórico que se cierne sobre distintos grupos sociales, como, por ejemplo, la pobreza de los grupos afroamericanos en Estados Unidos. No es culpa del liberalismo, sino del legado que sufre esa etnia, ligado a la esclavitud y al racismo, pero que poco a poco, gracias a esas estructuras liberales, se va resolviendo y mejorando. Poco a poco, con la disminución de los problemas de clases, el número de partidos comunistas fue mermando, ya sea cambiando su discurso a uno mucho más moderado y aceptando ciertas medidas mercantiles liberales, siendo esto palpable, sobre todo, en Europa. En Asia, el papel de Japón es fundamental, donde la cultura de consumo se vuelve muy influyente, fomentando la expansión del liberalismo económico, llegando incluso a la gran muralla roja que fue China, donde el folclore comunista sigue estando latente, pero cuyas medidas económicas son a día de hoy más liberales que las de muchos países europeos. El poder de la narrativa liberal ha sido tan atronador, que, tras el desgaste del comunismo, los nuevos pensamientos de izquierdas tienen que adaptarse a los juegos liberales. Ya no hay una confrontación directa. La narrativa liberal ha conseguido fagocitar incluso su propia narrativa negativa. “Una amenaza futura de la izquierda a la democracia liberal probablemente se pondrá el traje del liberalismo al mismo tiempo que cambiará su significado desde dentro, en vez de lanzar un ataque frontal a las instituciones y principios liberales fundamentales”²⁸.

Vemos, por lo tanto, cómo poco a poco, la narrativa liberal fue dominando el resto del mundo, teniendo como cabeza imperial la expansión a Estados Unidos. Con ello, imperó una sensación de orgullo, paz y tranquilidad en Occidente durante mucho tiempo. Había problemas menores, por supuesto, pero la estabilidad que se generó a nivel mundial creó una sensación de seguridad nunca antes vista hasta ahora. Seguía habiendo guerras, seguía habiendo hambre,

28 Fukuyama, F.: El fin de la Historia y el último hombre. Barcelona: Planeta, 1992, p. 392.

dictaduras y problemas sociales, pero se veía como algo lejano en algunos casos y perfectamente resolubles en otros. El sueño de una sociedad libre y segura era posible. A finales del siglo XX, occidente vivía una época de esplendor, después de un inicio turbulento, donde hubo las dos mayores guerras que ha sufrido la humanidad. Las sociedades capitalistas, y, por lo tanto, los dueños del discurso universal tenían casi todas las necesidades cubiertas. Casa, trabajo, familia, estabilidad y, sobre todo, entretenimiento, eran las bases de la nueva clase media. Todo parecía ir bien. Pero poco a poco, sobre todo espiritualmente, empezó a surgir una nueva corriente de pensamiento, mucho más pesimista, que no catastrófica, sobre el sistema. Al tener todas las necesidades cubiertas, empezaron a surgir nuevos problemas, esta vez muchos más profundos, más existenciales. Durante los 90, ese resurgimiento del existencialismo mucho más pesimista ya no era algo minoritario, ya que fue inundando poco a poco el mundo del entretenimiento y por lo tanto, empezaban a inundar las casas de todo occidente, y como veremos más adelante, empezaría a crear una nueva narrativa a nivel global. El orgullo de la nación poco a poco se convertiría en la desilusión de una generación. La historia ha muerto, larga vida a la historia.

3.3. La desilusión de una generación

Durante todo el siglo XX, las victorias de la narrativa capitalista liberal fueron sumándose poco a poco, y como hemos visto antes, fueron abarcando cada vez más terreno. Tras la paulatina desaparición del Telón de Acero, esta narrativa fue cogiendo tanta fuerza, que en países que aún seguía resistiéndose a la implementación de una democracia liberal, necesitaban aplicar medidas económicas capitalistas, aunque fuesen mínimas, para mantenerse en un mundo donde el capitalismo se estaba expandiendo cada vez con más fuerza. Esta conquista, que en algunos momentos fue más pasiva y en otros más activa, fue generando, como hemos observado antes, una sensación de orgullo y tranquilidad nunca vista en el mundo. Sí, seguía habiendo guerra, pobreza, hambre o políticas dictatoriales, pero esos problemas se nos presentaban como algo lejano y exótico o directamente como algo minoritario y marginal. Todas las contradicciones que se iban creando en el desarrollo de este sistema, el propio sistema las iba absorbiendo y diluyendo. Occidente, salvo por excepciones muy regionales, era un lugar tranquilo, donde las necesidades básicas parecían estar solventadas. No había de qué preocuparse, si tenías fe en el sistema y seguías sus reglas. Tras un inicio de siglo tan turbulento y sangriento, esta paz y serenidad hizo posibles grandes avances tecnológicos y sociales nunca antes vistos. Los demás países deberían tener en Europa y Norteamérica un marco de referencia necesario para poder alcanzar también estas metas. La felicidad mundial era posible y, lo más importante, estaba siendo televisada. Y es que, dentro de

todos los avances tecnológicos que hubo, el progreso en el ámbito de la comunicación fue sin duda uno de los más beneficiados. Tanto los transportes como los medios de comunicación como los teléfonos, radios o, el más importante durante este siglo, la televisión tuvieron un impacto en la sociedad nunca antes visto. El ciudadano medio vio cómo, poco a poco, grandes cantidades de información, de manera casi inmediata, le eran fácilmente accesibles. Los medios de comunicación se fueron convirtiendo en el eje central de la vida cotidiana en la mayoría de las familias occidentales. Este progreso hizo cambiar drásticamente la forma en la que se comprendía el entretenimiento. Ya no era un lujo, ya no hacía falta salir de casa, era mucho más cómodo, accesible y universal. Tal fue la revolución que a finales de este siglo era impensable imaginar una casa en la que no hubiera un televisor. Por lo tanto, existía una manera sencilla, inmediata y global de acceder a todo el mundo, de hacer llegar un mensaje. Para poder controlar la narrativa mundial, ya no sólo hace falta controlar los medios de producción, también hace falta controlar los medios de comunicación. Quien distribuye el mensaje lo hace suyo viceversa. La revolución será televisada o no será.

Es ingenuo pensar que todos los ciudadanos estaban de acuerdo y aceptaban esta forma de vida. Siempre ha habido y habrá antisistemas. Pero el discurso televisado, estaba claramente a favor de este. El sistema mostraba lo que el sistema quería mostrar. Había células que se resistían a aceptar las normas que proponía la democracia liberal capitalista, pero era un pensamiento marginal, minoritario e inofensivo en la mayoría de los casos. Incluso, era una corriente pasajera, que duraba poco, una especie de moda intelectual. El movimiento *hippie* americano de los 60 o el *punk* inglés de los 70 es un claro ejemplo de esto. Movimientos que estaban en contra del sistema, pero que poco a poco, fueron absorbidos por este, casi desapareciendo. El discurso de estos movimientos no estaba siendo difundido por los medios de comunicación, o al menos, no había un discurso a favor de estos, y cuando se tenía, el mensaje no era tan radical, se moderaba, se mostraba como un movimiento que podía llegar a aceptar las reglas del sistema si se hacían pequeños cambios. El sistema absorbía su propia negatividad y lo hacía suya. Pero a finales del siglo XX, sobre todo a partir de la década de los 90, se creó una extraña paradoja. El sistema producía el propio movimiento antisistema. Ya no necesitaba absorberlo porque el propio medio lo generaba. La industria del entretenimiento se inundó de un existencialismo crítico con las reglas de la sociedad de consumo. En el cine, películas como *Matrix*, *El Club de la Lucha* o *American Beauty* tenían un claro mensaje escéptico y nihilista. En la música, se empezaría a comercializar géneros que eran claramente minoritarios y residuales, como lo fueron el *rap*, el *grunge* o la música alternativa, cuyo mensaje era bastante pesimista y crítico respecto a la propia producción del

entretenimiento. Los cómics se volvieron mucho más violentos, donde los personajes, que siempre han sido la representación de la justicia social, empiezan a dudar de su rol y motivaciones, cuestionándose incluso los límites del bien y del mal. El optimismo mostrado por las series americanas de los 70 y 80, fue mutando hacia series más subversivas. Series como *Los Soprano*, *The Wire*, *A Dos Metros Bajo Tierra*, *Los Simpson* o *South Park*, representaban la sociedad de forma cínica y ácida, donde los protagonistas tienen conductas poco éticas y muy cuestionables. La figura del anti-héroe empezó a tener mucha más importancia y fuerza en el discurso de los *mass media*. El discurso antisistema ya no era algo marginal, sino que se empieza a distribuir y, por consiguiente, se empieza a controlar. El discurso que se replantea los límites del sistema, en el momento en el que es el propio sistema el que lo produce, lo puede controlar, limita la delimitación, limita el discurso sobre el límite. Los medios de comunicación de masas empiezan a ser conscientes de los problemas que ellos mismos producen, por lo tanto, para que nada cambie, deciden mostrarte el cambio. La revolución será televisada y controlada, o no será.

Para poder hablar de cómo el nuevo discurso posthistórico está inevitablemente vinculado con el discurso televisivo, y posteriormente, con el discurso basado en las redes sociales e internet, echaremos un vistazo a la obra de Neil Postman, *Divertirse hasta morir. El discurso público en la era del show business*. Con esto, podremos entender mejor, cómo el discurso positivo y plenamente orgulloso de sí mismo, planteado por Fukuyama, sobre la narrativa democrática liberal capitalista, se fue matizando hacia un discurso mucho más pesimista y desilusionante, y, a su vez, cómo la narrativa universal capitalista, tuvo que ir asumiendo sus propios límites y aceptar que este proyecto no es tan perfecto como en un principio parecía.

Postman analiza cómo la televisión, no sólo moldea nuestras opiniones, ya que cualquier expresión humana altera nuestra concepción del mundo, sino que ha cambiado la forma de entender tanto la información como la forma en la que la comprendemos. Ya no es una revolución de contenido, sino de la propia arquitectura epistemológica. Para ello, parte de cómo sus predecesores, a la hora de transmitir la información, cambiaron el propio concepto de información. Postman analiza la influencia del telégrafo y la fotografía en la red comunicativa. Con la llegada del telégrafo, la velocidad con la que se retransmitía la información era mucho más inmediata y de mayor alcance. Por ello, la cantidad de información aumentó a niveles exponenciales. Los periódicos ya no se centraban únicamente en publicar sucesos regionales, noticias de gran importancia nacional u opiniones políticas de la propia editorial, sino que empezaron a publicar noticias mucho más irrelevantes y sensacionalistas. La información empezó a tratarse como un bien

de consumo, donde “la cantidad, la distancia y la velocidad”²⁹ de estas noticias, eran más importantes que la calidad de las mismas³⁰. La abundancia de información hizo que el lector medio se sintiera desapegado de ella, no le era relevante ni necesaria para su día a día, era información inútil. Las noticias ya no eran algo importante, algo que cambiara el rumbo de la acción cotidiana del lector, se iría volviendo poco a poco un mero entretenimiento, quitándole relevancia y potencia a la información que recibía. El lector pasó de ser un sujeto activo respecto a la información recibida, a un mero espectador pasivo. Lo relevante se volvió irrelevante y viceversa.

En las culturas tanto orales como tipográficas, la información deriva de la importancia de las posibilidades de acción. Obviamente, en cualquier entorno de comunicación, la entrada, o sea aquello sobre lo cual uno es informado, siempre excede la salida, es decir, las posibilidades de acción basadas en la información. Pero la situación creada por la telegrafía y luego exacerbada por las tecnologías posteriores convirtió la relación entre información y acción en abstracta y remota. Por primera vez en la historia de la humanidad, la gente se enfrentó al problema del exceso de información, lo que significó, simultáneamente, enfrentarse con el problema de un potencial social y político disminuido.³¹

Con ello, el discurso no sólo se hizo banal, irrelevante o superficial; ya que inhabilita el poder de actuación, no podemos preocuparnos por todo el mal en la Tierra. Lo que también impide la intemporalidad, le resta importancia a lo acontecido en el pasado, lo importante siempre está al llegar. La velocidad y la cantidad hace que lo que más resalte sea, por un lado, lo más espectacular y por otro lado, lo más nuevo e inmediato. No hay tiempo para la reflexión, no hay tiempo para la contemplación, no hay tiempo para la asimilación. Siempre hay algo nuevo a lo que tenemos que prestarle atención. Todo es urgente, por lo tanto, nada lo es.

El telégrafo sólo es adecuado para emitir mensajes urgentes, reemplazados a cada uno rápidamente por otro mensaje más actualizado. Los hechos empujan a otros hechos dentro y luego fuera de nuestra conciencia a velocidades que ni permiten ni requieren evaluación ninguna.³²

Vemos pues, que las noticias, desde las más importantes hasta las más superficiales se nos muestran como algo banal y vacío. A este desplazamiento epistemológico, se le sumaba, la

29 Postman, N.: *Divertirse hasta morir. El discurso público en la era del “show business”*. Barcelona: Ediciones de la Tempestad, 2001, p. 71.

30 Podemos poner el ejemplo del periodismo actual. El periodismo actual se enfrenta con el problema de la actualidad constante. Al poder subir una noticia justo cuando se descubre, se crea una competición por ver quién la publica primero. La calidad de la noticia por lo tanto disminuye, incluido la verificación de la misma. En cambio, cuando el periódico salía al día siguiente, se podía tomar más tiempo para verificar la noticia. Como vemos en la película *Todos los hombres del presidente*, los periodistas tardaban muchas veces más en verificar la fuente que en descubrirla. Tal vez, el escándalo de Watergate, en la actualidad, no hubiese sido tan escandaloso.

31 Postman, N.: op. cit., p. 73.

32 *Ibid.*, p. 75.

implementación de la imagen, no como apoyo al texto, sino que pretende desplazarlo. Cada noticia tiene que tener una fotografía que le dé validez, que cree una sensación de realidad más potente que el texto aislado. Ya no basta con leer para creer, hace falta poder ver lo ocurrido con tus propios ojos.

De una manera curiosa la fotografía era el complemento perfecto del torrente de noticias telegráficas de cualquier parte, que amenazaban con sumergir a los lectores en un mar de hechos ocurrido a gente extraña en lugares desconocidos. Porque la fotografía brindaba una realidad concreta a lugares y adhería rostros a nombres desconocidos, proveyendo así, por lo menos, a la ilusión de que las “noticias” tenían una conexión con algo dentro de nuestra experiencia sensorial. Creaba un contexto aparente para las “noticias del día” y a su vez, éstas creaban un contexto para la fotografía.³³

Esto no sólo hizo que las noticias perdieran cada vez más interés existencial, sino que se volvieron un mero entretenimiento. Ya no tenían un calado profundo, sino que se nos presentaban como algo para pasar el rato mientras se desayunaba, algo de lo que hablar con los compañeros de trabajo o simplemente, dar la sensación de que se está aprendiendo algo de interés. Las noticias eran interesantes porque salían en los noticiarios. Los lectores esperaban su cuota diaria de información irrelevante como el comensal que pide un postre pese a estar completamente lleno. Esta nueva concepción de la información y por lo tanto del mundo, se elevó exponencialmente con la llegada de la televisión. La prensa escrita estaba delimitada por un público en concreto, el hombre de clase media y alta, pero la televisión llegaba a cada rincón de la sociedad. Mujeres, hombres, niños, ancianos, ricos, pobres, cultos e incultos, todo estrato social tenía su porción televisiva, no sólo eso, sino que cualquier tema público era susceptible de aparecer en la pantalla chica. La capacidad inmediata de transmitir un mensaje, la sencillez con la que se puede plasmar a través de las imágenes y la posibilidad de hacerlo de forma entretenida, hizo de la televisión el “*meta-medio*”³⁴ por excelencia de finales del siglo XX. Todo lo real es televisivo y todo lo televisivo es real.

La televisión no es sólo un medio para el entretenimiento y el espectáculo, sino que es la forma más sencilla y directa de llevar a las familias un mensaje. Pero la televisión, tiene su propio lenguaje, un lenguaje rápido, visual, sencillo, simple y que busca la gratificación emocional de los espectadores, que está ahí “para nuestro entretenimiento y placer”³⁵. Toda experiencia mostrada a través de la pantalla pequeña debe apelar al entretenimiento y a la diversión. Todos los temas tienen que ser expresados en estos límites. El problema no es tanto el mensaje que transmite, sino el modo

33 *Ibid.*, p. 79.

34 *Ibid.*, p. 82.

35 *Ibid.*, p. 90.

en el que lo hace. Es más importante ser divertido que ser profundo. El escenario televisivo siempre va a buscar ser agradable para nuestros sentidos. Busca ser atractivo, ya que es un medio que se sustenta gracias a la mayor cantidad de tiempo posible invertido por los televidentes. La cuestión no es que la televisión pueda divertirnos, sino que, parafraseando a Postman, “nos presenta todos los asuntos como entretenimiento”³⁶. Toda tragedia siempre está maquillada, no pueden permitirse que el espectador quiera cambiar de cadena, o lo que es peor, que apague la televisión. Por lo tanto, toda barbarie está envuelta en una estética agradable en el telediario. Los presentadores son guapos, hablan de forma atractiva, el fondo musical es estimulante, la publicidad es seductora o intercalan noticias trágicas con noticias divertidas. Las noticias deben ser lo suficientemente tristes para mantener la atención del espectador, pero no tanto como para que se pare a reflexionar sobre lo que acaba de ver. El medio al que una gran parte de la población mundial se acerca para tener una opinión sobre algún tema, no tiene como finalidad la de educar o la de informar de forma desinteresada, sino que tiene como fin el entretenimiento, la diversión. Todo nuevo discurso, inevitablemente, tiene que parecerse al televisivo para ser escuchado. Tiene que divertir, tiene que ser ameno y, a poder ser, impactante visualmente. El contenido, aunque importante, se vuelve secundario. Un discurso vacío pero espectacular tiene mayor calado que uno profundo pero sencillo.

La naturaleza de su discurso está cambiando a tal punto, que cada día resulta más difícil distinguir la línea divisoria entre lo que es entretenido y lo que no lo es. Nuestros pastores y presidentes, nuestros cirujanos y abogados, nuestros educadores y presentadores de noticias deben preocuparse más por presentar un buen espectáculo, que en satisfacer las demandas de su disciplina. Si Irving Berlin hubiera cambiado una palabra del título de su famosa canción, hubiera sido tan profético, como Aldous Huxley, si en vez de “No hay mejor negocio que el espectáculo”³⁷, hubiera dicho “No hay más negocio que el del espectáculo”³⁸.

El ciudadano de esta nueva democracia liberal se ve atorado de información, de diversión continua, del espectáculo que nunca se acaba. La realidad se vuelve el escenario continuo de un plató televisivo. Todo es efectista, ya no nos venden únicamente un producto, sino un modo de vida. Un modo de vida ideal, el cual, en muchos de los casos, es imposible de alcanzar. Cuando no estamos agotados por la inundación de estímulos sensoriales que nos brinda esta nueva realidad televisiva, nos damos cuenta de que nuestra vida está vacía. El nuevo discurso es un cascarón vacío que se han olvidado rellenar. Se vuelve cada vez más complicado encontrar algo profundo y pleno, algo que de verdad nos haga felices. Nos zambullimos en unas corrientes vertiginosas de estímulos y de bienes de consumos que difícilmente nos percatamos del castillo de humo en el que estamos

36 *Ibid.*, p. 91.

37 *There's no business like show business.*

38 Postman, N.: *op. cit.*, pp. 101-102

viviendo. Los debates políticos y sociales, muchísimas veces, se nos presentan como algo banal, que busca más la rivalidad que los puntos en común para un debate sano y productivo. Los discursos políticos se basan en una búsqueda continua de sentimentalismos, de falsas esperanzas y de muñecos de paja. En los debates televisivos no hay espacio para la reflexión, no hay cambio de opiniones o una conclusión clara en la que todas las partes tengan su porción de reconocimiento. Todo se vuelve pesimista, aburrido, casi nihilista. O estás con nosotros o estás contra nosotros. No hay espacio para los grises, sólo colores aparentemente puros y brillantes. Ese discurso optimista, sobre el fin de la historia, el final de todos los conflictos, a finales del siglo XX, parece una broma que dejó de ser graciosa hace mucho tiempo. Es cierto, la calidad de vida de Occidente mejoró considerablemente, pero seguía habiendo tristeza, depresión y soledad. De qué valía que hubiésemos llegado a la meta de la historia si luego la depresión es la enfermedad mental más extendida de nuestra generación. El discurso demócrata liberal capitalista acabó con la historia, acabó con todas las demás metanarrativas, pero parecía que el precio de todo aquello era la sensación de que ya nada valía realmente la pena, de que ya no existía nada verdaderamente profundo.

Durante los 90, este tipo de discurso nihilista inundó como hemos visualizado anteriormente, el *show-business*. Para que el contradiscurso no lo destruyese, se empezó a comercializar. Pequeños paquetes de destrucción controlada. La cultura popular se tornó mucho más pesimista, oscura y autodestructiva. Así conseguía que la depresión existencial de una generación también fuera perfectamente consumible. La historia parece que se ha acabado y lo que nos queda es la nada.

Pese a esto, al menos, nos quedaba la seguridad y la tranquilidad. Estamos tristes, pero no nos masacran. La destrucción, las masacres y las matanzas seguían estando ahí, pero en un mundo que no parecía el nuestro. Todo parecía ir relativamente bien porque todo parecía ir bien en la televisión. Si alguna narrativa intentara acabar con la narrativa liberal, debía salir a través de nuestras pantallas. Por ello, los mayores enemigos de ellas necesitaban su porción de televidencia. Para que hubiese una verdadera guerra de narrativas, la batalla no podía darse en campo abierto, sino que debía estar en los medios de comunicación. Por ello, nació una nueva forma de lucha armada. Nació el terrorismo.

4. 11 de Septiembre como paradigma de una sociedad sin historia

A través de la historia, han ocurrido una infinidad de acontecimientos a lo largo y ancho del planeta Tierra. Ha habido poco hechos que han cambiado la vida de muchos, algunos las de unos pocos y una gran cantidad de ellos que se han perdido en el infinito curso del tiempo sin que a nadie le hayan importado. Desde pequeños cambios personales e individuales a grandes revoluciones mundiales se han ido acumulando poco a poco, en la narrativa mundial del transcurso de la historia humana. Dentro de todos estos acontecimientos, recordamos y analizamos un pequeño y selecto grupo de hechos que han cambiado para siempre el trascurso de la historia. Estos hechos paradigmáticos no sólo han influenciado en algún ámbito de las cuestiones humanas, ya sea la ciencia, la política o el arte, ni tampoco han influido sólo en un territorio en concreto, ya sea un pequeño pueblo de Austria, una gran ciudad alemana o un país entero. Estos hechos han servido para entender, organizar y ejemplificar un cambio general de comprensión del mundo, llegando a una escala global. Un capítulo tan importante en la historia del mundo, que no se puede entender la historia de occidente sin comprender cómo se originó, cómo se desarrolló o cómo influyó. Un claro ejemplo de estos hechos paradigmáticos fue la Revolución Francesa. Este acontecimiento no sólo afectó la forma en la que Francia empezó a comprender la política, sino que influyó en todos los demás aspectos intelectuales y sociales, no sólo en ese país, sino en todos los de alrededor. El paradigma general de las ciencias, el arte, la economía o la política, entre otros, cambiarían poco a poco, teniendo como eje narrativo lo ocurrido en 1792. Este hecho histórico marcó el final de la modernidad y el principio de la era contemporánea. Lo mismo ocurrió con el Descubrimiento de América o la Caída del Imperio Romano. Esto no significa que no hubiera más acontecimientos de gran calibre que también influyeron a lo largo y ancho del planeta, sino que estos acontecimientos representaron el gran cambio que estaba experimentando la sociedad en las que se dieron. Hubo muchos más acontecimientos de gran calado a nivel regional, nacional e incluso continental, pero estos marcaron un antes y un después en la historia. Cambiaron la narrativa para siempre.

Pero hay que matizar varios puntos. Uno de ellos es que estos hechos no eran estrictamente necesarios para el cambio del paradigma social e histórico. El cambio estaba aconteciendo antes, durante y después de estos eventos. Si estos hechos no hubieran ocurrido, otros hechos abanderarían estos cambios. Los cambios fueron paulatinos y lentos en la mayoría de los casos. Siendo aceptados como cumbre de una variación epocal a posteriori, ya que se adaptaban bien a la narrativa dominante. O lo que es lo mismo, estos hechos históricos no fueron los precursores del cambio, o al

menos, no fueron el único factor. Sino que estos sucesos fueron influidos por las alteraciones sociales, políticas y mentales que estaban aconteciendo en estos lugares. Es cierto que estos eventos históricos, ayudaron a propagar y a comprender mejor estas transformaciones, y que sin ellos la historia sería bastante distinta, pero tampoco podemos caer en un reduccionismo radical, y obviar el contexto en el que se dieron estos hechos. Otro punto importante que hay que recalcar, es que estos hechos paradigmáticos históricos están aceptados dentro de una narrativa dominante³⁹, que en el momento en el que esta narrativa cambia, la jerarquía de estos acontecimientos podría cambiar drásticamente. Un ejemplo de ello es la diferencia entre la estructura histórica del cristianismo y del islam. Para las sociedades donde el cristianismo ha tenido un mayor calado histórico, como puede ser Europa, la historia se estructura en torno al nacimiento de Cristo, en cambio para los pueblos musulmanes, la historia se organiza en torno a la emigración de Mahoma a Medina. Ambos hechos tienen un calado histórico diferente en cada narrativa, por ello, en la actualidad, para el calendario gregoriano estamos en el año 2020; en cambio, para el calendario mahometano, estamos en el año 1440. Por lo tanto, la narrativa actual es la que le da sentido a que estos acontecimientos tengan mayor o menor importancia a nivel histórico. Si el nazismo o el comunismo hubiera conseguido apropiarse de la narrativa mundial, la historia, nuestro pasado, sería bastante distinta de como la conocemos actualmente. El pasado ha forjado nuestro futuro, pero el futuro puede alterar nuestro pasado.

Hemos visto en el capítulo anterior, cómo una sociedad sin historia acabaría con la propia noción de historia. Y como buena historia que se acaba, necesita de un último capítulo que le dé sentido a este final, necesita de un hecho histórico paradigmático. Uno de los primeros acontecimientos que podríamos aceptar como paradigmático del cambio narrativo podría ser la Segunda Guerra Mundial. En ella podemos observar cómo las tres grandes narrativas que imperaban en el mundo se enfrentaron. Pero al acabar esta guerra, aunque cierta paz aparentemente mundial surgiría, la tensión entre las dos narrativas victoriosas seguiría durante varias décadas, llegando incluso a radicalizarse en forma de grupos de extrema izquierda en Europa, graves masacres dictatoriales en Asia y Sudamérica o comités de censura influenciados por el macartismo en Estados Unidos. El siguiente acontecimiento podría ser el Apolo 11 o la caída del Muro de Berlín. Ambos fueron una clara victoria de la narrativa liberal frente a la comunista. Pero para que no haya historia como tal, para llegar a su verdadero fin, no puede haber una narrativa única, como fue el caso, en el que la narrativa liberal se adueñó de la narrativa mundial y creció el optimismo

³⁹ Es importante recalcar la palabra “dominante”. Con ello se matiza esta lectura de la historia y se distancia de la noción moderna de la historia. No es una narrativa única, sino la que impera, sobre las demás. Y por imperar se debe entender que más tiempo acapara en pantalla.

que se tenía sobre ella como la narrativa que acabaría con todos los problemas. El fin de la historia tiene que llegar con un hecho que pusiera en jaque a la última gran narrativa, que acabara con esperanza optimista del cuento liberal, que trastocara sus cimientos, que consiguiera echar abajo el orgullo de ser el dominador. Para ello debía ser más real que la propia realidad, por lo tanto, debía ser televisado, debía llegar a todo el mundo. Y por supuesto, debería ser espectacular. Para recordarnos que la narrativa liberal no es tan perfecta, que no era tan universal, habría que enseñarle al mundo que ella también podía caer. El acontecimiento que acabaría con la última gran historia tenía que ser el mayor *show* que nadie haya podido ver. La gran caída no sería política, ni económica, ni social, ni artística, ni científica, la gran caída sería grotescamente entretenida, tenía que ser horriblemente estética y al alcance de todo el mundo. Y ese día llegó, el 11 de Septiembre de 2001, Estados Unidos, el país más poderoso del mundo, sufrió el mayor atentado de su historia. Se secuestraron cuatro aviones, estrellando uno de ellos en el ala oeste del Pentágono, otro de ellos acabaría estrellándose a campo abierto y, lo más importante de todo, dos de ellos acabarían por impactar en, y derribar, las Torres Gemelas. El país más poderoso del mundo había sufrido el mayor horror de su historia y todo el mundo podía verlo desde la comodidad de su casa.

En este capítulo analizaremos, por una parte, el terrorismo como ideología moderna, cómo es el terrorismo actual y por qué el 11 de Septiembre es el paradigma de esta nueva sociedad sin historia.

4.1. Terrorismo como ideología

Uno de los grandes problemas que tuvo que afrontar la sociedad occidental durante la segunda mitad del siglo XX hasta la actualidad ha sido la cuestión del terrorismo. Tras la Segunda Guerra Mundial, a occidente llegaría una época de cierta paz internacional. Los problemas internacionales se resolvían principalmente de manera diplomática, para no llegar a repetir las atrocidades que se habían vivido a principios del siglo XX. Se evitaba a toda costa el conflicto militar, pese a que había una gran tensión política, debido a la Guerra Fría, entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Más que una lucha bélica directa, empezó una escalada militar para armarse mejor que el adversario, llegando a tal punto, que esta lucha pasiva agresiva era lo que impedía la llegada de la guerra. Ambos bandos tenían tal poder militar, que la humanidad corría un grave peligro. El potencial armamentístico era tal que podrían acabar con la vida en la Tierra si entraban en guerra, algo que no sería rentable para nadie. Esto no significaba que no hubiese problemas, ni mucho menos, el auge de dictaduras en Latinoamérica, movimientos de extrema derecha en el seno

de los Estados Unidos o los genocidios en África estaban al orden del día. Pero estos problemas no eran de orden global, sino regional. Occidente como conjunto estaba a salvo, pero eso no significa que todo el mundo lo estuviera. Uno de los grandes problemas regionales que tendría un gran impacto sería el auge de células terroristas a lo largo y ancho del planeta. Irlanda, España, Italia, Estados Unidos o Rusia, vieron surgir dentro de sus fronteras una nueva forma de guerra nunca antes vista y que utilizaban el terror en la población como su principal arma.

Dentro de estos nuevos movimientos armados, había dos visiones sobre qué era el terrorismo, unos lo usaban como herramienta para sus causas, como, por ejemplo, el Ejército Republicano Irlandés o IRA, que usaban medidas terroristas para conseguir la independencia de Irlanda. Por otro lado, estaría los grupos terroristas que tenían al propio terrorismo como base ideológica. No era sólo un medio para alcanzar un fin, sino que era el propio motor de la salvación, era un fin en sí mismo. El terrorismo intelectual ruso sería el mayor ejemplo de esto, donde el terrorismo no era la herramienta de una ideología, era una ideología en sí misma.

Albert Camus, en su obra el *Hombre Rebelde*, analizaría esta ideología y la definiría como “La lucha de un puñado de intelectuales contra la tiranía, en presencia del pueblo silencioso”⁴⁰. Este movimiento intelectual nacería en un país que carece de una filosofía fuerte, como lo era el pueblo ruso. Por lo tanto, haría de la filosofía alemana algo propio, añadiéndoles el espíritu juvenil y convulso que se vivía en este país a finales del siglo XIX. Harían de la filosofía alemana el motor de un nuevo fanatismo desmesurado, nacerían los primeros mártires de la religión del hombre. O lo que es lo mismo, nacerían los terroristas modernos.

La juventud rusa vertió entonces en aquellos pensamientos abstractos la fuerza pasional desmesurada que era la suya y vio auténticamente aquellas ideas muertas. La religión del hombre, puesta ya en fórmulas por sus doctores alemanes, carecía aún de apóstoles y mártires.⁴¹

Los intelectuales rusos, vieron que aceptar el absoluto como racionales es también aceptar el sufrimiento. El sufrimiento ajeno no tiene justificación, por lo tanto, no todo en el ser como absoluto histórico es racional. En varios puntos de la historia, donde el martirio y el tormento escribían dolorosas páginas del absoluto, ya no coincidía con la razón. Los estudiantes rusos, encabezados ideológicamente por Bielinski, se volvieron contra la filosofía de Hegel, al negar la identificación del absoluto de la razón con la plenitud del ser. Mientras haya sufrimiento, no todo es

40 Camus, A.: El hombre rebelde. Barcelona: Alianza Editorial, 2017, p.212.

41 *Ibid.*, p. 213.

justificable, por lo tanto, el ser “al no ser enteramente razonable, no lo es en absoluto”⁴². La filosofía rusa empezaba a negar poco a poco la trascendencia, se enfrentaba contra su propio padre y se volcó nihilista.

Con este nihilismo, aparecería irremediabilmente una contradicción. Se rechaza la historia para crear una nueva, cuyo eje no sea el espíritu histórico, sino el individuo rey, la inmortalidad del hombre encarnado. Pero a su vez, es imposible elevarse en el poder de forma individual, sólo por uno mismo. El individuo debe ser destructivamente egoísta a la vez que puramente social. Debe ser nihilista y metafísico al mismo tiempo. Esto llevó poco a poco a los teóricos rusos hacia el camino del terrorismo, la negación total y la destrucción. Camus destacaría pues, que el nihilismo ruso de los 70 sería puramente egoísta⁴³. Pisarev, hablaba de la destrucción total de todo aquello que no fuese autosatisfactorio, le declarararía la guerra a la filosofía, al arte o a la moral. La provocación sería el motor del nuevo nihilismo ruso, hasta tal punto, que el asesinato estaría justificado si fuese útil. La razón vuelve a ser abanderada, pero no como absoluta, sino como utilitaria y con una fuerza religiosa y casi fanática. “No creían en nada más que en la razón y el interés”⁴⁴. Vemos como, poco a poco, la muerte y el asesinato empiezan a justificarse de nuevo y esta vez, de una forma mucho más banal y terrenal. Nacería una especie de religión terrorista.

El mayor teórico de esta nueva religión podríamos verlo en Bakunin, aunque no tanto como una religión terrorista, sino como una religión revolucionaria. Donde aquí el Estado es la figura del mal encarnado, del propio diablo, y la revolución, como la figura del bien, el principio divino. Donde estas diferencias no se podían resolver políticamente, sino con una lucha a muerte. Bakunin, frente a Marx, estaría plenamente en contra de un socialismo autoritario, pese a esto, entraría de nuevo en una contradicción: ¿Realmente un mundo sin leyes es un mundo libre? Dentro de todo caos social, dentro de todo anarquismo, Bakunin establecería una subordinación absoluta a un comité central que articulara esta revolución. Para ser libres tenemos que subordinarnos a un comité dictatorial y a la vez basado en la libre colaboración, algo fuertemente contradictorio. Pisarev resolvería esta contradicción, justificando a Bakunin, ya que, según él, buscaba la libertad total a través de la destrucción total;

Éste quería ciertamente la libertad total. Pero la buscaba a través de una total destrucción. Destruirlo todo es condenarse a construir sin fundaciones; después hay que mantener las

42 *Ibid.*, p. 216.

43 *Ibid.*, p. 218.

44 *Ibid.*, p. 220.

paredes en pie con la fuerza de los brazos. Quien rechaza todo el pasado, sin conservar nada de lo que puede servir para vivificar la revolución, se condena a no encontrar justificación sino en el futuro y, mientras tanto, encarga a la policía justificar lo provisional.⁴⁵

O lo que sería lo mismo, en la fe en un futuro totalmente libre, se justifica todo acto destructivo contra todo pasado coercitivo. Todo tiene sentido al final. Y para poder estar preparado para tal grado de destrucción, el revolucionario o el terrorista debe despojarse de toda identidad, pasión o posesión. Todo por y para la revolución. Hasta el punto, de que Necháiev reivindicaría el uso de la violencia y la mentira incluso en sus subordinados⁴⁶. El acto violento, incluso contra los propios oprimidos, tendría sentido al final, cuando todos podamos ser libres. La libertad se cimentaría sobre la opresión. El mal se depotenciaría en un bien en perspectiva. En este sentido, Necháiev se convertiría en una especie de Leibniz, donde todo sería juzgado, en vez desde el juicio de la razón, por el juicio revolucionario. La voluntad del pueblo oprimido sería la nueva voluntad divina. Vemos pues, una continua contradicción entre el nihilismo revolucionario y la metafísica violenta, siendo esta, a su vez, el motor que todo lo mueve.

Los terroristas rusos nacerían en una revolución sin derechos, sólo con deberes. Despojados de cualquier atisbo de amor que no fuese el fin de toda opresión, avocados al sacrificio a favor de una nueva historia. Brotaría así el grupo revolucionario *Naródnaya Volia* (Voluntad del Pueblo), abanderando el terrorismo individual, siendo su primer acto en 1878, cuando una joven asesinaría al general Trepov después del proceso de ciento noventa y tres populistas el 24 de enero⁴⁷. Esto provocaría una sucesión de represiones y atentados durante décadas por toda Rusia y Europa. Acabando por desgaste y cansancio de ambos bandos en 1905 con el asesinato de Plehve, el por entonces ministro de interior ruso, por Sazonov y del duque Sergio Aleksándrovich Románov⁴⁸.

El terrorismo ruso, surge de una transmutación de la fe, el hombre ya no moría por una creencia ya establecida, por la fe de Dios, sino por la esperanza de un nuevo mañana. Ya no se lucharía por la comodidad del pasado sino por la grandeza de un futuro mejor. El bien supremo ya no venía dado de antemano, sino que habría que llegar a él, aunque el camino estuviese minado de dudas y sacrificios. Surgiría de una contradicción entre el amor hacia la humanidad y el asesinato, tanto propio como ajeno. Se convirtieron en verdugos exquisitos, donde las muertes eran deliberadas y concretas. Se pretendía dañar al menor número de personas. La violencia era

45 *Ibid.*, p. 225.

46 *Ibid.*, p. 229.

47 *Ibid.*, p. 232.

48 *Ibid.*, p. 233.

injustificable y contraria al amor que sentían hacia la humanidad, por lo que tenían que pagar siempre con su propia muerte, anteponiéndose incluso a la de un inocente. El crimen se disolvería en la historia, como las muertes en las guerras, ya que ambos estarían justificados cuando todo acabe, cuando la historia llegue a su fin.

No ponían, pues, ninguna idea por encima de la vida humana, aunque mataran por la idea. Exactamente, vivían a la altura de la idea. La justificaban, para terminar, encarnándola hasta la muerte. Estamos, aún, frente a una concepción, si no religiosa, cuando menos metafísica de la rebeldía⁴⁹.

Vemos, pues, que el terrorismo a principios del siglo XX emergería como ideología en sí misma, fundamentada en la salvación de los oprimidos, pero no de unos en concreto, sino de toda la humanidad. La justificación de la violencia no es anterior al acto, sino posterior, cuando la historia de la opresión llegue a su fin. Llevando pues, siempre con cada acto, la contradicción del fin de toda violencia a través de actos violentos en concreto, que serán juzgados, cual mártires, en un futuro esperanzador y que aún está por llegar. Estos terroristas, en su mayoría jóvenes románticos y autodestructivos, se sacrificaban y sacrificaban en pos de un bien mayor a cualquier límite regional, político o religioso. Vivían en contradicción, morían por la contracción y mataban para la contracción.

4.2. La ideología del terrorista

A lo largo del apartado anterior, hemos ido observando cómo el terrorismo individual se iba fraguando entre finales del siglo XIX y principios del XX, no solo como herramienta para una lucha armada, sino como una ideología en sí misma abanderada por unos jóvenes carentes de esperanza y cimentada en un nihilismo atronador en contradicción de un futuro metafísico. Pero hubo otro núcleo importante de terrorismo en el mundo occidental. Creado a mediados del siglo XIX, la Hermandad Republicana Irlandesa o IRB fue fundada para la lucha armada a favor de la independencia de Irlanda y la instauración de una democracia republicana en dicho lugar frente a la dominación británica que asoló esta tierra durante siglos. Ente los años 1881 y 1885, este grupo realizaba ataques terroristas en Gran Bretaña, creando así los primeros atentados terroristas contemporáneos. Otro de los grupos que podemos considerar como terroristas, se originó en Estados Unidos después de la guerra civil. En 1865 se fundaría el Ku Klux Klan, un movimiento anti-abolicionista que tenía como objetivo a la comunidad afroamericana principalmente, pero

49 *Ibid.*, p. 239.

también a la comunidad judía, católica y nativa americana. Ya entrados en el siglo XX, los grupos terroristas empezaron a proliferar por toda Europa. Se crearía el Ejército Republicano Irlandés o IRA que junto a la IRB realizarían el Alzamiento de Pascua en 24 de abril de 1916, empezando una serie de ataques terroristas y represión estatal por parte de Reino Unido. Tras varios años de guerra abierta, se firmaría el Tratado Anglo-Irlandés que le daría la independencia a Irlanda. Otro grupo importante fue la Mano negra, una organización nacionalista serbia causante del asesinato de Francisco Fernando de Austria, dando comienzo a una serie de acciones que acabarían creando la Primera Guerra Mundial. El anticolonialismo, que surgiría después de la Segunda Guerra Mundial, haría que muchas colonias se levantaran en armas contra los países colonizadores, creando células terroristas a lo largo y ancho del mundo, tales como el Viet Minh en Vietnam, los Hermanos Musulmanes en Egipto, el Frente de Liberación Nacional en Argelia o EOKA en Chipre. En 1959, nacería en España la organización terrorista Euskadi Ta Askatasuna o ETA. Un grupo nacionalista vasco, que buscaba la independencia de esta región, primero luchando contra la dictadura de Francisco Franco y luego contra la democracia española. Durante gran parte del siglo XX, ETA realizaría un gran número de atentados por toda España, principalmente en el País Vasco, y parte de Francia. Otros grupos importantes europeos serían la Fracción del Ejército Rojo o RAF en Alemania Occidental y las Brigadas Rojas en Italia. En América latina se crearía el narcoterrorismo, centrando así alianzas entre grupos terroristas y narcotraficantes en países como México, Perú y, principalmente, en Colombia en torno a la figura de Pablo Escobar. En Asia oriental el Ejército Rojo en Japón o los Tigres de Liberación en Sri Lanka fueron también muy importantes en la década de los 70. Y como veremos más adelante de forma más detallada, en Oriente Medio, a finales del siglo XX, empezaría a formarse lo que hoy conocemos como Al Qaeda, un movimiento de resistencia islámica que crearía una red terrorista a nivel mundial, cuyo ataque más importante, sería el atentado terrorista del 11 de Septiembre de 2001 contra el complejo de edificios del World Trade Center y la sede del Departamento de Defensa de los Estados Unidos.

Vemos, pues, que a lo largo de todo el siglo XX han ido surgiendo por todo el planeta organizaciones terroristas de distintas índoles. Pero ¿en qué se diferencia el terrorismo ruso de los desheredados con esta nueva ola de violencia que ha inundado todo el globo terráqueo por más de 100 años? Pues la principal diferencia es la representación ideológica. El terrorismo ya no es una ideología nihilista de salvación en sí misma, tiene que estar estructurada de antemano, ya sea por una ideología política fuerte, por un espíritu nacionalista reivindicativo, por un catecismo religioso extremista o incluso por una mezcla de todo lo anterior. El fin ya no es la liberación de toda la humanidad, incluidos los opresores, sino por un grupo específico que se presenta como un

“nosotros” frente a otro grupo que se presenta como un “ellos”. Ya no existe ese espíritu moderno de la salvación heredada por el cristianismo, sino que nace de una concepción mucho más bélica que romántica. Así pues, la ONU, ya no define al terrorismo como una ideología en sí misma, sino como una herramienta ideológica;

El terrorismo es un método productor de ansiedad basado en la acción violenta repetida por parte de un individuo o grupo (semi) clandestino o por agentes del estado, por motivos idiosincráticos, criminales o políticos, en los que —a diferencia del asesinato— los blancos directos de la violencia no son los blancos principales. Las víctimas humanas inmediatas de la violencia son generalmente elegidas al azar (blancos de oportunidad) de una población blanco, y son usadas como generadoras de un mensaje. Los procesos de comunicación basados en la amenaza —y en la violencia— entre el terrorista (la organización terrorista), las víctimas puestas en peligro y los blancos principales son usados para manipular a las audiencias blanco, convirtiéndolas en blanco de terror, blanco de demandas o blanco de atención, según que se busque primariamente su intimidación, su coerción o la propaganda.⁵⁰

Vemos, pues, cómo se ha desplazado el punto central del análisis, ya no se debe analizar la ideología del terrorismo como algo que tiene valor en sí mismo, como hizo Camus con los terroristas desheredados rusos, sino que hay que analizar la del terrorista en concreto, ya que ha pasado de ser un fin propiamente dicho a una herramienta para un fin en concreto muy dispar y diverso. El terrorismo a lo largo del siglo XX se diversificó tanto en la ideología en la que se basaba como en los métodos que se usaban. El nihilismo, en contradicción continua con su tradición, desapareció para dejar hueco a un sinfín de doctrinas, dejando de lado ese espíritu romántico de salvación judeocristiana que invadía los corazones fríos de los jóvenes poetas condenados. La violencia ya no se justificaba al final de la historia, ya viene justificada de antemano gracias a un ideario nacionalista, político o religioso. El terrorismo de salvación murió joven, como todos sus integrantes.

4.3. Representación, misión y símbolo

Como hemos podido ver, el terrorismo posee muchas facetas y se ha usado sus métodos por todo el planeta en pos de muchos fines y a través de muchos discursos. Pero siempre cumplen una idea, aunque sea mínima de salvación, ya no mundial, sino regional. El terrorismo se alza, ya no para acabar con la historia de la opresión mundial, sino para acabar con un grupo opresor concreto que avasalla y tiraniza a un grupo oprimido concreto. Ya no se lucha por la humanidad, por lo que

50 Office on Drugs and Crime. United Nations. (2007). Recuperado de: https://web.archive.org/web/20071012230930/http://www.unodc.org/unodc/terrorism_definitions.html Fecha de Recuperación: 18-05-2020.

aparece un nuevo problema, el de la representación. Todos somos humanos, por lo tanto, cualquiera puede ser el salvador de la humanidad, ya que no hay nadie fuera de este grupo con el que podamos compararnos. El asesinato está justificado, ya que la muerte de un igual solo es un trámite para llegar a la liberación total de la humanidad, incluyendo a los opresores, ya que también son humanos. El sacrificio es doble. La justificación estriba en la salvación igualitaria del total de la humanidad, tanto de los oprimidos como de los opresores. Pero cuando ya no partimos de la salvación universal, sino parcial, entendemos al enemigo como lo extremadamente otro. Podemos compararnos con ellos y estar más o menos representado por la lucha, por lo tanto, hay que dejar bastante claro quién es el enemigo y quién el compañero. Manuel Luna Alcoba hablaría en su libro *¿Por qué el terrorismo?* sobre este problema. El terrorista tiene que ser el representante de su lucha, de su organización y del problema que representa. O lo que es lo mismo, el terrorista no ataca como individuo, sino como representante de la idea del pueblo oprimido, ya sea el hombre blanco, el pueblo vasco o la religión islámica.

Si un pequeño atentado, digamos una bala disparada, tiene gran repercusión pública, debe ser porque esa gran repercusión responde también a algo grande que hay detrás de mi atentado. La única respuesta posible es que mi organización representa, en realidad, a un número mayor que el de aquellos que la integran.⁵¹

Cayendo así, en una visión representacionista de la lucha. Y cuando uno se cree la representación de algo, puede suplantarla. Toda realidad se rige únicamente a través de la lucha, como criticaría Rorty a los filósofos representacionista, los terroristas poseerían “una capacidad enviada del cielo para liberar nuestra mente de las prácticas de nuestra comunidad, para escapar del nomos hacia la physis”⁵² O lo que es lo mismo, para ser un verdadero musulmán, tienes que apoyar el terrorismo; si no, eres un musulmán corrompido por la sociedad occidental. Lo mismo ocurre con cualquier supremacismo o nacionalismo exacerbado. Por lo tanto, habría una doble diferenciación a la hora de enfrentarse al enemigo. Por un lado, estarían los “otros”, el enemigo a vencer, y por otro, dentro del “nosotros” habría un grupo, que al no apoyar o discrepar del movimiento, serían señalados como otro elemento al que combatir.

El terrorismo se levanta en armas cuando se cree representante de un grupo y por ello, se ve capaz de cambiar la situación política a través del uso de la violencia. Pero se enfrentan a un problema, estos autoproclamados representantes no son mayoría, no poseen las capacidades bélicas que poseen sus enemigos. A diferencia de otros movimientos nacionalistas o políticos, como

51 Luna Alcoba, M.: *¿Por qué el terrorismo?* Google Libros, 2009, p. 29.

52 Rorty, R.: *Objetividad, relativismo y verdad*. Barcelona: Paidós, 1996, p. 217.

podrían ser el fascismo alemán, las dictaduras sudamericanas o las repúblicas socialistas soviéticas, las organizaciones terroristas carecen del potencial armamentístico de un ejército, por lo que la fuerza real destructiva que pueden conseguir es mínima en comparación. Por lo tanto, deben utilizar el terror, el miedo y la paranoia de la población. Como observaría Yuval Noah Harari, “En el terrorismo, el miedo es el argumento principal, y existe una desproporción asombrosa entre la fuerza real de los terroristas y el miedo que consiguen inspirar”⁵³. El terrorismo no busca *per se* un daño material o personal que por sí solo pueda vencer al enemigo. Busca un terror paranoico en las personas, que duden, que cometan fallos y que los estados fracasen a la hora de contenerlos. Al igual que la película *La Cosa* de John Carpenter, el terror no se encuentra tanto en el poder del atacante, sino en la tensión de no saber cuándo, dónde o contra quién puede ir el ataque. No es una confrontación directa, sino residual, que el menor daño pueda alterar al mayor número de personas posible. “Son tan débiles que no pueden liberar una guerra. De modo que optan, en su lugar por generar un espectáculo teatral con la esperanza de que provocará al enemigo y lo hará reaccionar de manera desproporcionada”⁵⁴. Y aquí radica el punto más importante, el cual analizaremos más adelante. La importancia de los medios de comunicación de masas. Se necesita de un espectáculo aterrador para que el propio estado se vuelva contra sus ciudadanos, para que los congéneres duden los unos de los otros, para que las diferencias entre ambos bandos se hagan cada vez más radicales. Esta forma de combatir no tendría sentido en el siglo XV, ya que la velocidad y la amplitud con la que la información navegaba a través de los países era tan lenta y de tan poco alcance, que no tendrían el mismo impacto que en la actualidad. El terrorismo necesita de una fuente constante de marketing y publicidad, necesita estar continuamente en televisión, en la radio o en Internet, necesita que la población le tenga miedo. Como Manuel Luna Alcoba comenta:

Hay un sentido en el cual el terrorismo sí es, sin duda alguna, una guerra: es una guerra de marketing. Entre los puntos concretos en los que un movimiento terrorista se sirve de los medios de comunicación cabe mencionar la propaganda, la movilización de seguidores y el bloqueo de la respuesta del Estado. El modo en que lo hace es una típica estrategia de marketing que se llama posicionamiento.⁵⁵

Pero esta batalla entre un grupo armado autoproclamado liberador y los estados, no puede ser una batalla entre su gente y la población, tiene que ser una lucha entre representaciones, por lo que todo atentado debe ser simbólico. Cuando un terrorista ataca, no ataca a un edificio o a un grupo de personas, sino a lo que ellos representan. En 1920, cuando el IRA atacó cerca de 300

53 Harari, Y. N.: 21 lecciones para el siglo XXI. Barcelona: Debate, 2018, p. 181.

54 *Ibid.*, p. 184.

55 Luna Alcoba, M.: *op. cit.*, p. 139.

comisarías o “ejecutaron” a más de una docena de policías en los muelles de Liverpool, no hicieron esos ataques para flaquear las fuerzas armadas británicas, sino para atacar directamente a la monarquía británica, ya que la policía siempre ha sido un símbolo de autoridad. O cuando hubo el atentado en La Rambla de Barcelona en 2017, no se asesinó a 16 civiles porque estos ciudadanos tuvieran información valiosa sobre el Estado Español, sino para atacar a la propia democracia socioliberal. Fueron contra civiles que paseaban tranquilamente una tarde de Agosto para dañar la sensación de seguridad y tranquilidad que una sociedad democrática pretende instaurar. Esos civiles eran un símbolo de la libertad occidental. Esto no significa que las organizaciones terroristas no ataquen también de forma estratégica para debilitar al enemigo. Recordemos que en los atentados del 11 de Septiembre en Estados Unidos, se atacó, la sede del Departamento de Defensa de los Estados Unidos. Y que ETA fue la responsable del asesinato de Luis Carrero Blanco en la “Operación Ogro”, presidente de España en ese momento y mano derecha de Francisco Franco. Pese a eso, estos ataques suelen ser mucho más complejos y difíciles de realizar, por lo que eran mucho más minoritario. A su vez, estos ataques, también tienen una fuerte carga simbólica, ya que también, con ello, se atacaba de forma directa a la representación, tanto de los encargados de la defensa del país más poderoso del mundo, como a la figura que mejor representaba la dictadura española en aquel momento. Incluso en el primer ejemplo, pese a que a nivel estratégico, hizo más daño el ataque contra el Pentágono, lo que se quedaría en el imaginario, y por lo tanto, lo que más daño haría a nivel anímico a la población, fue el atentado que se retransmitió por televisión, el atentado contra la Torres Gemelas.

Hemos visto cómo en el terrorismo siempre subyace un representacionismo violento, que usa los medios de comunicación como motor principal de sus misiones y cómo se intenta siempre atacar de forma simbólica, más que estratégica o material. El 11 de Septiembre, en ese aspecto, fue el mayor ejemplo de ataque terrorista que por desgracia ha sufrido la humanidad. En los siguientes puntos analizaremos quienes fueron los que realizaron ese ataque, cómo ocurrió, y lo más importante, por qué ese acontecimiento coronaría el final tardío del Siglo XX y nos haría entrar en un nuevo mundo posthistórico.

4.4. Fundamentos del terrorismo islámico

Es innegable que el grupo terrorista más importante de lo que llevamos del Siglo XXI, es el terrorismo islámico, también llamado yihadismo. Siendo Al-Qaeda la organización terrorista más conocida e influyente. Esta organización se fundamenta en tres pilares esenciales, la Sharia, la Yihad y la Yahiliyya. Estos 3 conceptos están ligados a la relación entre representación, misión y símbolo.

La Sharia es la ley islámica. Dentro de las múltiples interpretaciones que hay de la ley islámica, la que tuvo más importancia dentro del islamismo radical fue la de la Escuela Hanbalí, fundada por Ahman Ibn Hanbal⁵⁶. Esta doctrina de pensamiento parte de la interpretación literal de los textos sagrados, el Corán y la Sunna, rechazando cualquier atisbo de opinión o de una hermenéutica más metafórica de ellos. Por lo tanto, la vida del buen musulmán tiene que tener como eje central esta hermenéutica terriblemente dura y restrictiva del Corán y la Sunna. Esta forma de interpretar el texto sagrado no debe quedarse sólo en el ámbito individual y privado de cada ciudadano, sino que la propia política debe centrar todos sus esfuerzos en que esta ley se cumpla. En consecuencia, cualquier ciudadano que no cumpla estas leyes, debe ser considerado un infiel o un mal musulmán, también llamados apóstatas. Vemos cómo se erige un grupo que posee una clarividencia superior, que se autodenomina representante de la ley divina, de la Sharia. Así, caen en un representacionismo exacerbado y en una hermenéutica unitaria. Poseen los límites, ya no solo para distinguir al enemigo exterior, sino para distinguir entre quién es un buen o un mal musulmán, por lo que, hay que combatirlos. De ahí su misión, instaurar un gobierno que pueda condenar al que incumpla la Sharia, tanto los infieles como los que no son verdaderos creyentes de Allah. Y cuando ya se alzan como representantes a través de una lucha, se necesita un símbolo, la Yahiliyya. La Yahiliyya, todo lo que no represente la Sharia, es el conjunto de creencias, vivencias o símbolos que representen la barbarie que se contrapone a la palabra de Allah. Como diría José Sanmartín Esplugues en su artículo “Éticas teleológicas y terrorismo islamista”:

Para reivindicar el retorno al islam de los salaf, Ibn Taymiyya es considerado un salafó o salafista (un puritano), que, como subraya Elorza (2002), basa su doctrina en tres pilares principales: el primero, la creencia en la unicidad y omnipotencia de Allah, cuyo mensaje está recopilado en el Corán y la Sunna; el segundo, la consideración de que la acción del gobierno debe consistir en impulsar el cumplimiento de la sharia, la legislación islámica: el

56 Sanmartín Esplugues, J.: “Éticas teleológicas y terrorismo islamista”. *Isegoría*. Nº 46, (2012), p. 20.

tercero, la defensa de que hay que luchar (yihad) contra el infiel y el apóstata (el mal musulmán que no observa la sharia) a fin de combatir la yahiliyya, la barbarie en que consisten sus creencias y prácticas.⁵⁷

Pero hay que incidir en un aspecto importante. La Escuela Hanbalí fue fundada en torno al siglo VIII y las doctrinas de Ibn Taymiyya datan de hace casi ocho siglos. Por lo que habría también que preguntarse cómo ha podido influir tanto una ideología de hace más de ochocientos años en un movimiento armado en la actualidad. Y para ello deberíamos hablar del papel de Sayyid Abul Alla Maududi.

Maududi era un filósofo y periodista paquistaní, con un claro corte antimoderno. La modernidad ha desplazado el centro de la vida, ya no es Allah, como dicta los textos sagrados, sino el hombre. Creando así, dos grandes enemigos para el pueblo islámico. Por un lado, tenemos las democracias occidentales y los discursos comunistas, y por el otro, los gobiernos musulmanes que pretenden instaurar estas políticas en países islámicos. Maududi sostiene en su libro *Ethical viewpoint of Islam*, que los valores básicos de la moral siempre han tenido un acuerdo universal y objetivo, pero que al caer el relativismo del punto de vista individual, se crean distintos patrones morales y diferencias éticas. “Tanto el bien como el mal no son mitos que deban ser perseguidos. Son realidades muy conocidas y entendidas por todos por igual”⁵⁸. El islamismo, al configurar la vida en torno a la palabra de Allah, sería la forma óptima de gobierno, ya que Allah es el creador del universo, por lo que en sus escrituras encontraríamos la verdadera condición del bien y del mal. “El punto de vista del Islam es que este universo es la creación de Allah, que es único. Él lo creó y sólo Él es su dueño, soberano y sostén. El universo entero funciona bajo el Mandato de Allah. Él es todopoderoso y omnisciente”⁵⁹. Por lo tanto, el hombre debe complacer a Allah y seguir la sharia, que es la ley moral atemporal y universal. Hay que reislamizar el mundo.

Esta doctrina de pensamiento calaría muy hondo en las distintas corrientes extremistas que inundarían todo Oriente Medio. Uno de los más importantes seguidores de Maududi sería Sayyid Qutb, miembro ideólogo de los Hermanos Musulmanes. Que buscarían a través de la confrontación directa con los gobiernos apóstatas, principalmente en antiguas colonias como Egipto o Siria. Gobiernos que para ellos estarían intoxicados por ideologías occidentales como lo eran el capitalismo, la democracia o el comunismo⁶⁰. Siendo Irán el primer país donde mayor éxito

57 *Ibid.*, p. 21.

58 Maududi, A. A.: *Ethical Viewpoint of Islam*. Lahore: Islamic Publications, Sin fecha, p. 43.

59 *Ibid.*, p. 45.

60 Sanmartín Espluges, J.: *op. cit.*, p. 31.

consiguió el islamismo, que tras la derrocar al Sha, Mohammad Reza Pahlevi, instaurarían un estado islámico. Habría que recordar, que el Sha tenía una buena relación con Estados Unidos y tras implantar la República Islámica, estas relaciones fueron torciéndose, creando así las primeras grandes tensiones entre los estados islámicos y Estados Unidos. Por otro lado, en Afganistán, debido a grandes revueltas islamistas, la Unión Soviética tendría que replegar el ejército en dicho país. En este caso, Estados Unidos, ayudaría al grupo insurgente islamista a luchar contra los soviéticos. Dentro de este grupo, se encontraría Sayyud Imam Al Sharif, que posteriormente sería uno de los fundadores ideológicos de Al Qaeda. Al Sharif crearía el manual de entrenamiento más influyente del yihadismo, *The Essentials of Making Ready for Jihad*⁶¹, implementando uno de los elementos más importantes del islamismo, la victoria no es terrenal sino divina. El que se sacrifica por la palabra de Allah está complaciéndolo en toda su gloria, por lo que la recompensa divina será enorme. Ideas fuertemente influenciadas por Qutb. Al igual que influiría en Abdulla Yusuf Azzam, confundador de Al Qaeda, donde ya no se perseguiría principalmente a los estados apóstatas, sino que se buscaría una *umma* universal y atemporal.

Con esto llegamos a finales de los años ochenta, tras varios intentos fallidos de acabar con los gobiernos musulmanes apóstatas, se cambiaría la táctica principal. Ahora lucharían contra el “enemigo lejano”⁶². Los apoyos occidentales que poseían estos gobiernos imposibilitaban el auge de estos movimientos reislamizadores. Por lo tanto, se formaría en 1988 el grupo más peligroso para occidente, Al Qaeda. Debido a esto, empezaría a cultivarse una tensión bélica entre los países occidentales y países islámicos. Comenzaría un nuevo orden bélico mundial, comenzaría el grotesco espectáculo del terrorismo islámico en occidente.

4.5. Osama Bin Laden y Al Qaeda

Al Qaeda surgiría en torno a dos factores muy importantes, a la lucha afgana frente al estado soviético y a la figura de Osama Bin Laden⁶³. Bin Laden nacería en una familia de clase media alta saudita en 1957. Su padre, un inmigrante yemení, haría una gran fortuna a través de una empresa constructora. Pero acabaría divorciándose al poco del nacimiento de Osama. Pese a eso, haría casar a su esposa con un alto cargo de su empresa. Criado dentro de una familia pudiente, Osama seguiría en contacto con la familia paterna, heredando una cuantiosa suma de dinero tras el fallecimiento de

61 *Ibid.*, p. 37.

62 *Ibid.*, p. 40.

63 Avilés Farré, J.: Historia del terrorismo yihadista: de Al Qaeda al Daesh. Madrid: Síntesis, 2017, p. 60.

su padre. Crecería y estudiaría en la escuela Al Zagr, una prestigiosa escuela saudita, cultivando así un rigor religioso muy fuerte y siendo un fiel seguidor del anteriormente comentado Sayyid Qutb. Esto haría que Osama poco a poco fuese haciéndose un nombre entre las grandes esferas de Arabia Saudí. Pronto entraría en el apoyo a los insurgentes afganos contra el ejército soviético. Colaborando con el anteriormente nombrado Abdullah Azzam, crearían en 1984 una oficina de servicio que ayudaría a los insurgentes afganos en su lucha, a través de la financiación y la publicidad. A su vez, fundarían la revista *Yihad*⁶⁴, donde revitalizarían la noción de guerra santa. En este contexto, en 1988, en la ciudad de Peshawar, Pakistán, base principal de los insurgentes afganos, se fundaría Al Qaeda.

Al Qaeda tendría como objetivo “difundir la palabra de Dios y llevar a la victoria su religión”⁶⁵. Gracias al apoyo de Osama Bin Laden, conseguirían el respaldo financiero a través de cuantiosas donaciones de las altas esferas sauditas. En abril de 1988, utilizaría el término Qaeda en un artículo en la revista *Yihad* escrito por Azzam. El término se puede traducir como la base militar de un movimiento islámico radical.

Todo principio necesita una vanguardia que lo lleve adelante y, mientras penetra en la sociedad, cargue con tareas gravosas y sacrificios enormes. No hay ideología, terrenal o celestial, que no exija una vanguardia de ese tipo, que dé todo lo que posee para lograr la victoria de esa ideología [...] Esa vanguardia constituye la base sólida [al Qaeda al sulbá] de la sociedad que se espera.⁶⁶

Ya no sería sólo una base militar fuerte, sino que sería la base de una vanguardia que pretendería alcanzar una sociedad verdaderamente islámica. Aunque no sería el primer movimiento armado que tuviese el mismo fin, sí sería el primero que buscaría la universalización de este movimiento. Al Qaeda pretendería romper toda barrera nacional y englobar a militares de distintos países musulmanes.

En 1990, Irak, que por aquel entonces, estaba gobernada por el dictador Sadam Hussein, ocuparía, a través del ejército iraquí, Kuwait. Esto alertaría a Estados Unidos, ya que conseguiría un gran poder en el Golfo Pérsico, por lo tanto, en una de las reservas de petróleo más importantes del mundo. Bin Laden ofrecería a Arabia Saudí un grupo de voluntarios islamistas para contrarrestar la ofensiva iraquí. Pese a ello, el rey Fahd prefirió la defensa que le brindaban los Estados Unidos, por

64 *Ibid.*, p. 68.

65 *Ibid.*, p. 70.

66 *Ibid.*, p. 71.

consiguiente, Bin Laden, vería cómo los infieles infestarían con sus tropas la Casa de Saud y la tierra sagrada, por lo que abandonaría el país en busca de nuevos apoyos⁶⁷.

Tras la caída del régimen comunista afgano en 1992, al desaparecer el enemigo en común, las distintas facciones muyahidines entraron en conflicto, y se precipitaron en una guerra civil. Por otro lado, Pakistán quiso deshacerse de los voluntarios árabes, ya que no le resultaban útiles y podrían darles problemas diplomáticos⁶⁸. Por lo que Bin Laden no veía con buenos ojos asentarse en esos países. De manera que tuvo que marcharse a Sudán. El régimen que gobernaba ese país, de corte islamista radical, era el caldo de cultivo que necesitaba Bin Laden. Allí empezaría a emprender proyectos de construcción, ya que al irse de Arabia Saudí, parte de su fortuna desapareció, por lo que buscó nuevas vías de financiación. Pese a ello, la mayoría de islamistas seguía luchando por objetivos muy específicos.

En 1996 los talibanes conseguirían gobernar gran parte de Afganistán. A pesar de compartir el integristo radical que profesaba Bin Laden, sus objetivos eran principalmente locales y regionales. No obstante, conseguiría una gran influencia dentro del país, gracias a la financiación que aportaba a la lucha, por lo que se movería de Sudán a Afganistán. Dentro del régimen afgano, no se veía con buenos ojos que Bin Laden usara el país como base estratégica para la yihad mundial, pero poseía la protección del mulá Omar, una de las máximas autoridades dentro en Afganistán. En este país encontró el recurso más necesario para su proyecto. Grandes campos de entrenamiento para musulmanes de distintos países, para poder crear así un gran ejército guerrillero. Para ello, necesitaría reclutas dispuestos a sacrificarse, debido a lo cual, vio la necesidad de una campaña publicitaria. En 1997 daría una entrevista a la CNN, que usaría para retransmitir una idea romántica de su guerra santa. Empezaría así la guerra en los medios de comunicación:

De esa entrevista de 1997 con la CNN surgiría la imagen romántica del guerrillero indomable que amenazaba Occidente desde una caverna oculta en remotas montañas. Su gran estatura, su delgadez, la calma con la que hablaba contribuían a darle un aura especial. Explicó que había declarado la guerra al gobierno de los Estados Unidos porque era “injusto, criminal y tiránico”, porque estaba subordinado a los judíos [...] y porque había desplegado soldados “en el país de los Dos Lugares Sagrados”, es decir, Arabia Saudí, donde se encuentran Medina y la Meca.⁶⁹

67 *Ibid.*, p. 72.

68 *Ibid.*, p. 73.

69 *Ibid.*, p. 73.

En 1998 se realizaría el primer gran atentado de Al Qaeda contra los Estados Unidos. Unos vehículos hasta arriba de explosivos estallaron en la embajada de Estados Unidos en Kenia y Tanzania. En tal atentado murieron 224 personas y hubo multitud de heridos, principalmente ciudadanos africanos. Empezaría así una nueva guerra que asolaría todo el planeta. El show macabro estaba comenzando y alcanzaría su culmen, que, por desgracia, no su final, el 11 de septiembre del 2001 en Nueva York.

4.6. 11 de Septiembre. El fatídico fin de la historia

La derrota a la Unión Soviética en Afganistán, daría un impulso a los movimientos islamistas en Oriente Medio. Si habían conseguido derrotar a uno de los mayores imperios del siglo XX, por qué deberían quedarse únicamente en una lucha regional. Por qué no aspirar a algo mucho mayor. Por ello, a mediados de los años 90, Bin Laden escribiría la *epístola ladanesa*⁷⁰. Con ello, proclamaría la guerra a Estados Unidos y, a su vez, se reclamaba un estado islámico en todo Oriente Medio y Arabia. Centrándose en la ocupación infiel de las tropas estadounidenses en Arabia Saudí, se darían cuenta que la confrontación directa era imposible, por lo que buscarían una nueva forma de derrocar la ocupación de estos países en Arabia. Para ello, usarían probablemente la mayor arma que posee los Estados Unidos, la publicidad y el discurso televisivo. Empezaría una nueva forma de entender la guerra, donde la propaganda ya no es únicamente una forma de atraer a los indecisos a una ideología, sino el arma principal que se usaría para atacar al país más poderoso del mundo.

Al Qaeda se enfrentaba a un problema esencial en el siglo XX, el problema de la competencia. Durante todo el siglo anterior, el mundo estuvo asolado por multitud de grupos terroristas, hubo miles de asesinatos, atentados y secuestros, por lo que llamar la atención y proclamarse como el enemigo principal de occidente se les antojaba algo complicado. El nuevo terrorismo no podía ser algo puntual, que se perdiera en el nuevo maremoto informativo que estaba irrumpiendo en el mundo. Debía ser espectacular, el show más grotesco que nunca se hubiera visto, que perdurase en el imaginario colectivo durante décadas. Ya no se buscaban pocas muertes para crear cierta paranoia en la sociedad. Se buscaba el mayor número de víctimas posibles, el mayor destrozo material y la mayor sensación de inseguridad que una democracia fuese capaz de soportar. Lejos queda la bala que acabaría con la vida de Francisco Fernando de Austria. El nuevo terrorismo

70 *Ibid.*, p. 76.

buscaba la imagen más terrorífica que un ciudadano occidental en la comodidad de su hogar pudiese ver a través de una pantalla. Como diría Juan Avilés Farré;

En un mundo en que los ataques terroristas se habían convertido en un acontecimiento común, la apuesta de Al Qaeda fue darles tal magnitud que eclipsaran cualquier otra noticia. El viejo dicho de que los terroristas matan poco para aterrorizar a muchos dejó de ser válidos, sustituido por el argumento de que para aparecer en todos los medios de comunicación de todo el mundo había que causar muchas muertes.⁷¹

El 11 de Septiembre de 2001⁷² tres vuelos de la compañía American Airlines y otro de United Airlines, despegarían a primera hora de la mañana, dos de ellos desde el aeropuerto de Boston con destino a Los Ángeles (los vuelos 11 de American Airlines y 175 de United Airlines). Otro desde el Aeropuerto Internacional Dulles en Washington DC, dirección Los Ángeles (vuelo 77 de American Airlines). Por último, otro desde el aeropuerto de Newark dirección San Francisco (vuelo 94 de United Airlines). En total había 265 personas a bordo entre los cuatro vuelos. Todos estos vuelos fueron secuestrados por miembros de Al Qaeda. A las 8:46 el vuelo 11 se estrellaría con la Torre Norte del World Trade Center. 17 minutos después el vuelo 175 impactaría en la Torre Sur del World Trade Center. El vuelo 77 chocaría contra el Pentágono a las 09.37. A las 09.59 la Torre Sur se derrumba. El vuelo 93 acaba cayendo, debido a la revuelta entre los pasajeros y la tripulación contra los secuestradores, a las 10.03. A las 10.28 la Torre Norte acaba por desplomarse. Desde que el primer vuelo es secuestrado hasta la caída de la segunda torre, pasan dos horas y dieciséis minutos. En total, hubo 3016⁷³ muertos y más de 6000 heridos, y por supuesto, los incontables daños materiales en los que se incluía ambas torres del World Trade Center. Si lo comparamos, por ejemplo, con España, que ha sufrido durante más de cincuenta años ataques terroristas, incluido un ataque yihadista el 11 de Marzo de 2004. Desde 1960 a 2013, el Ministerio de Interior tiene contabilizado 1421 fallecidos por actos terroristas⁷⁴. En Irlanda, durante el conflicto armado irlandés, que duraría 30 años, murieron en total 3524 personas, de los cuales 1822 fueron provocados directamente por ataques del grupo terrorista IRA⁷⁵. El 11-S, a nivel de bajas materiales y personales, fue un atentado inédito hasta la fecha, fue una catástrofe que difícilmente pueda volver a repetirse fuera de un contexto puramente bélico. Pero lo que realmente influiría en el

71 *Ibíd.*, p. 80.

72 Tanto la cronología de los eventos, como los datos sobre el número de fallecidos en el atentado del 11-S, fueron extraídos de la página web del canal televisivo History. Enlace: <https://www.history.com/topics/21st-century/9-11-timeline> Fecha de Recuperación: 07-05-2020.

73 Incluidos los 19 terroristas y 24 personas desaparecidas.

74 Datos oficiales del Ministerio de Interior del Gobierno de España. Enlace: http://www.interior.gob.es/documents/10180/1210621/fallecidos_terrorismo_indemnizados_02_01_2015.pdf/8e8df51d-947b-462a-a6d8-130e3f4d7f79. Fecha de Recuperación: 07-05-2020.

75 Datos extraídos del servicio web CAIN (Conflict and Politics in Northern Ireland). Enlaces: <https://cain.ulster.ac.uk/sutton/book/index.html#append> Fecha de Recuperación: 07-05-2020.

transcurso de la historia no sería tanto el daño provocado, que obviamente fue devastador, sino la imagen que se dio. Una estampa que quedaría implantada en el imaginario colectivo del planeta entero.

El 11-S caló en la humanidad, no tanto por la magnitud del desastre en sí mismo, sino más bien, por el espectáculo tan dantesco que ofreció. El suceso se retransmitió en casi todo el mundo en directo por televisión. Tras el impacto del primer avión, llegaría la imagen más icónica, el segundo impacto. El segundo impacto fue retransmitido en directo. Mientras el humo y el fuego se expandía por toda la parte alta de la Torre Norte, un segundo avión impacta frontalmente con la Torre Sur, asaltando a todos los hogares del mundo una de las imágenes más terroríficas que se han podido observar en directo. El compositor alemán Karlheinz Stockhausen diría en una rueda de prensa que el 11-S "... es, por supuesto —deben entender correctamente esto— la más grande obra de arte jamás hecha"⁷⁶. Y en cierta forma tiene razón, si entendemos el atentado como un show, es innegable que ninguna obra de arte ha conseguido jamás conseguir el grado de repercusión y de horror que consiguió esta acción. Aunque habría que matizar, tal vez incluso llegar a ser más polémicos, y decir que no sólo fue la mayor obra de arte, sino el mayor espectáculo que lamentablemente el ser humano ha presenciado.

La retransmisión en directo hizo que el atentado alcanzara cuotas que eran imposibles de alcanzar si no hubiese existido la televisión en ese momento. A lo largo de la peripecia de la humanidad ha habido actos igual de repulsivos, terroríficos o deleznable. Se han cometido grandes atrocidades a lo largo y ancho del planeta. Pero siempre se habían intentado ocultar en el mejor de los casos, o cuando se han mostrado intencionalmente al mundo, su repercusión inmediata era muy pequeña, ya que la velocidad a la que se retransmitía la información era demasiado limitadas. No obstante, cuando el segundo avión se estrellaba contra el edificio, a plena luz del día, en una mañana tan clara y agradable, el mundo entero se paralizó. Las muertes ocurrieron en Nueva York pero el impacto llegaría a todo el mundo.

Y esto por supuesto traería sus consecuencias. Que uno de los mayores actos de terror que ha sufrido la humanidad se haya televisado en casi todos los salones de occidente iba a tener bastantes secuelas. Aunque el horror que observaron poco a poco fuese desvaneciéndose, la sensación de inseguridad y paranoia perduraría hasta el día de hoy. Obvio es que hubo

76 Conferencia de prensa en el Hotel Atlantic, Hamburgo. 16 de septiembre del 2001. Transcripción en el siguiente enlace: <https://web.archive.org/web/20080216052413/http://www.stockhausen.org/hamburg.pdf>. p. 76. Fecha de recuperación:08-05-2020.

consecuencias tanto económicas, como sociales y, sobre todo, bélicas. Pero que en uno de los periodos más pacíficos, o aparentemente pacíficos, el país más poderoso del mundo haya sufrido un ataque de tal magnitud hace que la seguridad mundial se tambalee. El enemigo, aunque estuviese en un país lejano, podía atacar en cualquier momento y en cualquier lugar. El terrorista es en apariencia invisible. El estrés de no saber cuándo te van a atacar ni cuáles son los objetivos, hacen que tanto la población como sus gobiernos actúen de forma casi paranoica. El control al que la población fue sometida tras estos atentados fue cada vez más fuerte. Y por supuesto, la islamofobia estuvo cada vez más extendida. Hecho que los propios terroristas aprovechaban para captar más soldados para sus tropas. Por lo que la tensión entre seguridad, privacidad y libertad fue cada vez mayor. El control sobre la ciudadanía ya poco tenía que ver con la literatura orwelliana, sino con una aceptación generalizada de la pérdida de ciertas libertades en pos de mayor seguridad. Esto último se generalizó aún más con la popularización de Internet y los smartphones. Ya que incluso empresas privadas pueden controlar la información que procesa nuestros aparatos electrónicos como el móvil o el ordenador. Creando así un nuevo producto de gran valor, la información. La comodidad, la rapidez y la seguridad que proporciona esta nueva sociedad tecnológica y del espectáculo no es gratuita. Pero poco a poco, dejamos de pagar con dinero y empezamos a pagar con información. El mundo está a un clic, pero hay que aceptar las condiciones de privacidad.

A todo esto, hay que preguntarse, al fin de cuentas es el título de este trabajo, por qué el 11-S es el paradigma de una sociedad sin historia. Como hemos visto al principio, este acontecimiento no es que por sí mismo acabase con la historia, ni mucho menos, ni si quiera fue la puntilla que necesitaba para llegar a su fin. El 11-S es el fatídico fin de la historia porque nos dio “la imagen” en una sociedad “de imágenes”. La sociedad moderna ha dado paso a la sociedad del espectáculo, donde curiosamente las imágenes valen más que las palabras, cuando nunca antes ha sido tan fácil manipularlas. Este acontecimiento no podría darse en otro momento de la historia si no es en su final. Cuando se ha alcanzado el final de todos los discursos meta-narrativos y llega el nuevo discurso televisivo. Esto, por ejemplo, es la diferencia entre la Guerra de Vietnam y el 11-S. La Guerra de Vietnam fue un duro golpe para el ejército estadounidense y para la moral norteamericana, pero no fue retransmitida a nivel global en directo, ni hubo una imagen icónica de tal acontecimiento en todas las televisiones de occidente. El discurso televisivo y la sociedad del espectáculo ya estaban imperando en el mundo antes del atentado terrorista. El poder de los medios de comunicación, la propaganda y la importancia de la imagen ya eran piezas clave en los discursos comunistas, fascistas y capitalistas. Pese a ello, poco a poco, lo que era importante se hizo central. La ingente cantidad de información a la que somos capaces de acceder es tal, que difícilmente una

reflexión es capaz de calar sin entrar en los discursos del espectáculo. En una nueva sociedad tan globalista, podemos conseguir informarnos casi al instante de lo que puede estar ocurriendo en la otra punta del mundo, desde Vietnam a México, pasando por Nigeria o Rumanía. Y es tan importante la inmediatez, que muchas veces la falsa información campa a sus anchas por la red. Por lo que, en un mundo donde la rapidez, el espectáculo y lo inmediato son la pieza clave, se necesitaba irremediablemente, de un acontecimiento que cumpliera esos requisitos, para tallarlo en la piedra de lo que falsamente llamamos Historia Universal, como hecho paradigmático de esta nueva sociedad posthistórica. Y no ha habido tal acontecimiento, tan directo, espectacular, desequilibrante, globalizado y, por supuesto, televisado que el 11-S.

Adorno es su libro *Crítica de la cultura y sociedad*, nos diría que escribir poesía después de Auschwitz es una barbarie⁷⁷. Hoy habríamos de preguntarnos qué sentido tiene la filosofía después del 11-S, no tanto como barbarie, sino como estupidez. Si tiene sentido un tipo de discurso donde la rapidez, la inmediatez o la espectacularidad difícilmente tienen cabida. O más bien, qué tiene que aportar la filosofía a este nuevo discurso. O lo que es lo mismo, cómo debe enfrentarse la filosofía a la sociedad del espectáculo y qué tiene que aprender la sociedad del espectáculo de la filosofía.

5. La filosofía en la sociedad del espectáculo

5.1. Video killed the philosophy star⁷⁸

Al igual que en el arte o en la ciencia, la filosofía como rama del conocimiento humano ha ido especializándose y ramificándose a lo largo de su historia. Ha llegado a tal punto que dentro de las distintas especialidades de la filosofía, muchos académicos pueden estar completamente aislados unos de otros. Ya que en la actualidad, se escribe y se publica tanto, que es difícil, por no decir imposible, poder estar actualizado en todas las ramas de estos conocimientos. Y ya no sólo es la cantidad de información que se genera en la actualidad, sino también el alto grado de complejidad técnica que se requiere para llegar a comprender partes o el total de las distintas ramas. Se necesita tanta preparación anterior para poder tener una lectura satisfactoria, que se hace complicado que un biólogo marino pueda llegar a disfrutar de artículos muy especializados sobre teoría de redes. Al igual que un académico especializado en estética, lo pueda hacer con un artículo de lógica. Esto es a

⁷⁷ Adorno, T. W. *Crítica de la cultura y la sociedad I*. Madrid: Akal, 2008. p. 25.

⁷⁸ Referencia a la canción, de 1976, "Video killed the radio star" del grupo *Buggles*.

lo que se refería Ortega y Gasset sobre la barbarie de la especificación. “Es un hombre [el científico] que de todo lo que hay que saber para ser un personaje discreto, conoce sólo una ciencia determinada, y aun de esa ciencia sólo conoce bien la pequeña porción en que él es activo investigador. Llega a proclamar como una virtud el no enterarse de cuanto quede fuera del angosto paisaje que especialmente cultiva y llama *dilettantismo* a la curiosidad por el conjunto del saber.”⁷⁹ Esto lo diría Ortega en su libro *La Rebelión de las masas* y el diario *El Sol*, que fueron publicados en 1929. Casi 100 años después, esta realidad se ha hecho cada vez más profunda. Las especializaciones académicas están cada vez más y más desligadas las unas de las otras. Pero este problema se agranda cuando esta complejidad se contrapone al discurso dominante, que es el televisivo. La gran mayoría de la población carece de las herramientas necesarias para entender problemas que poseen un cierto grado de complejidad. Un claro ejemplo de ello es la economía. Cuando un trabajador, tras una dura jornada laboral de más de 8 horas, pone la televisión y escucha un complejo entramado de principios económicos o discursos político excesivamente intelectuales, sólo siente desapego respecto a lo que se dice. El discurso se les presenta como algo pretencioso, oscuro y sinsentido. No porque posea una inteligencia inferior al que lo produce, sino que no posee las herramientas necesarias para poder entender lo que se está diciendo. En una sociedad donde la imagen y el discurso televisivo son la base, difícilmente tiene cabida los grandes pensadores de la humanidad.

Es necesario pues, una cierta divulgación filosófica. Al igual que está en auge la divulgación científica, la filosofía debería luchar por su participación divulgativa en la sociedad. Es algo complejo. Miles de años de sabiduría, libros y artículos son difíciles de simplificar. Pero esto ayudaría, que tanto los colegas de profesión, como la mayoría de la población, fuese capaz de entender aunque fuese mínimamente ciertas especialidades. Que aportarían a su vez, una nueva visión a los problemas que estas personas estuviesen afrontando. Obviamente habría que diferenciar entre divulgación filosófica y perogrulladas vacías de contenido, que, por desgracia, es lo que suele aflorar cuando el discurso se hace excesivamente superficial y contingente. Pablo López López en su artículo “La comunicación filosófica y su divulgación”, publicado en la revista *Estudio agustiniano* diría “...la divulgación, sea de mayor o menor nivel, tiende a simplificar. Basta que la simplificación pedagógica y abreviadora no tergiverse ni trivialice la esencia de unas ideas. Basta no confundir sencillez con simplismo. Con todo, el riesgo de tergiversación también se da en los tratados supuestamente profesionales de filósofos e historiadores de la filosofía”⁸⁰. Esto haría que

79 Ortega y Gasset, J.: *La rebelión de las masas*. Barcelona: Austral, 2017, p. 173.

80 López López, P.: “La comunicación filosófica y su divulgación”. *Estudio Agustiniano*. N.º 48, (2013), p. 310.

estas grandes ideas que tanto han influido a lo largo de la historia no se olviden por la mayoría de la población y que las nuevas ideas que van surgiendo, puedan ir siendo interpretadas y asumidas tanto por profesionales de distintas ramas, como por la ciudadanía en general. Esto nos ayudaría a entender los grandes esfuerzos, tanto intelectuales como vitales, que han hecho posible los grandes avances políticos, científicos o artísticos. La filosofía que en apariencia es contradictoria con el discurso televisivo, tiene que aceptar sus condiciones sin rebajarse a su nivel. Tiene que ser desafiante pero sin llegar a sonar pretenciosa. Tiene que bajar al barro, luchar y alzarse vencedora.

5.2. El pensamiento débil nos hará fuertes

La filosofía posthistórica tiene un arduo trabajo, la difícil tarea de no caer en un discurso metanarrativo, o lo que es lo mismo, un discurso absolutista⁸¹. Y para ello debería desligarse de cualquier atisbo de una metafísica ontológica. Debemos huir de una base ontológica basada en un “mundo verdadero y real” en términos nietzscheanos, o lo que es lo mismo, un mundo ajeno a la contingencia de la vida. Como hemos observado antes, el yihadismo parte de una base metafísica tan radical que el único mundo verdadero es la palabra de Allah. Las contingencias, los cambios y las evoluciones sociales dejan de tener cabida en ese mundo. Vattimo en su libro *De la realidad: fines de la filosofía* observa en el discurso nietzscheano este problema, el de la relación entre la metafísica y la violencia. Por un lado, la metafísica, al plantear un mundo puramente verdadero, el avistamiento de una realidad pura, ha ido cambiando a lo largo de la historia, desde Platón hasta los positivistas, desenmascarando la convicción ficcional de la verdad fundamental⁸². Siendo este el problema de las hermenéuticas yihadistas, la negación de cualquier lectura ficcional del Corán. Pero por otro lado, con el nihilismo, al destapar un carácter no originario de la verdad, podríamos caer, al carecer de fundamentos sobre la ética y la moral, en una lucha de todos contra todos y de la superación de los más fuertes sobre los más débiles, como ocurría con el fascismo europeo. El nihilismo se puede volver metafísica de la lucha. Pero Vattimo observaría, que en el último Nietzsche encontraría cierta esperanza al triunfo de movimientos sin dogmas tan radicales y extremistas:

81 El discurso posmoderno no puede ser un discurso moderno. Se debe desligar de la modernidad, no tanto en clave de superación, sino más bien, en clave de disolución. En el análisis al nihilismo nietzscheano en la obra *El fin de la modernidad* de Gianni Vattimo, da con el quid de la cuestión. “Puesto que la noción de verdad ya no se subsiste y el fundamento ya no obra, pues no hay ningún fundamento para creer en el fundamento, ni por lo tanto creer en el hecho de que el pensamiento deba “fundar”, de la modernidad no se saldrá en virtud de una superación crítica que sería un paso dado todavía en el interior de la modernidad misma”. (Gedisa Editorial, 2015, p. 148) El problema al que se enfrenta la filosofía es cómo resolver la paradoja de fundamentar lo concreto sin fundamento absoluto. El paso de tener “la razón” a tener “muchas razones”.

82 Vattimo, G.: *De la realidad; fines de la filosofía*. Barcelona: Herder Editorial, 2013, pp. 155-156.

El problema que Nietzsche vio iniciarse en esta circunstancia, en un mundo en el que también la actitud desenmascaradora resultó desenmascarada, es el problema del nihilismo: ¿debemos realmente pensar que el destino del pensamiento, una vez descubierto el carácter no originario, sino devenido y “funcional”, de la misma creencia en el valor de la verdad, o de la creencia en el fundamento, es instalarse sin ilusiones, como un *esprit fort*, en el mundo de la lucha de todos contra todos, en el que los “débiles perecen” y se afirma solo la fuerza? ¿O no sucederá más bien, como supone Nietzsche al final de largo fragmento sobre el nihilismo europeo (verano del 1887), que en este terreno están destinados a triunfar más bien “los más mesurados, los que no necesitan de dogmas extremos, los que no solo admiten una buena parte de azar y sinsentido, sino que también lo aman”?⁸³

La filosofía entra en crisis. Principalmente la filosofía moderna, ya que empieza un malestar general, sobre todo, por la racionalización de la existencia en torno al pensamiento matemático y científico. En la metafísica europea, el Ser se nos plantea como objeto de las ciencias positivas. De ahí su carácter violento, ya que la vivencia existencial del hombre se ve cuantificada y calificada en unos parámetros muy rígidos.

No solo hace imposible que el hombre piense conceptualmente su propia experiencia vivida, tan íntimamente permeada de proyecciones hacia el futuro y de memoria del pasado, sino que es sobre todo indisociable de la empresa práctico-social de la racionalización de la sociedad y de la existencia en términos de “organización total”.⁸⁴

Podemos ver, como atisbaría Adorno en Auschwitz, cómo el pensamiento moderno metafísico antepone la organización total de la realidad sobre la propia vida, sobre el cambio, lo caduco, lo individual o lo pasajero. La metafísica se revela como un movimiento violento en tanto que olvida la existencia humana y objetiviza toda experiencia vital. La metafísica se vuelve totalitaria y absolutista. Y he aquí el mayor problema del discurso televisivo. Cuando la sociedad cada vez se vuelve más cambiante, efímera y global, el discurso televisado pretende ser un discurso sobre los absolutos. La duda, la tranquilidad, los cambios de opinión o las matizaciones no tienen cabida en el debate televisivo. En él se busca el espectáculo, y no hay mayor show que el choque directo entre dos absolutos. En la sociedad del espectáculo actual, sobre todo en la política, difícilmente hay huecos para el rostro de Levinas. Sólo hay enemigos a los que vencer a través de la retórica. Se busca continuamente quedar por encima del otro, caer en la falacia fácil, en el desprestigio del contrario. Los debates políticos, por ejemplo, sobre todo en EEUU, se nos presentan como si fuesen un combate de boxeo. Los concursos televisivos, como una competición enciclopédica carente de interés intelectual. O en los deportes, en vez de demostrarnos la

83 *Ibid.*, p. 156.

84 *Ibid.*, p. 162.

competitividad sana y el respeto, se busca continuamente la confrontación, la polémica y la toxicidad. Cuando más superficial se volvió el discurso, más ansia de metafísica anheló.

Habría que pensar cómo la filosofía debe afrontar el problema de lo superfluo y del absoluto en los discursos televisivos y en la sociedad del espectáculo. Para ello, habría que destacar el “*pensamiento débil*” o “*pensiero debole*”. Este término acuñado por el filósofo italiano Gianni Vattimo, hace de lo superficial, que no superfluo, como pérdida del centro metafísico, el motor del nuevo pensamiento. El fin de la metafísica se da frente a la imposibilidad de abarcar el mundo en una “*imagen unitaria*”⁸⁵, en un discurso absoluto. La unidad se fracciona y el lenguaje se hace múltiple. El nihilismo se rebela frente a la metafísica no para buscar un nuevo fundamento. Al menos en Heidegger, aunque él no se consideraba nihilista, no se pretendía criticar a la metafísica para buscar una idea más adecuada del Ser como verdad esencial, sino que la metafísica desplazaría tanto esa esencialidad a un plano tan organizador y restringido, que “la vida humana ya no podía ser llamada Ser”⁸⁶. Esta organización total de la realidad busca silenciar todo lo que no entre en los cálculos, en las relaciones causas-efectos, en la racionalización moderna. Hay que escuchar a los vencidos, a los que no están dentro de estos mecanismos, a los que la sociedad deja fuera. A su vez, el discurso siempre tiene que partir de la disolución de cualquier fundamento objetivo. Reconocer la contingencia de nuestros discursos, de nuestra realidad. Ver en el contrincante, no un adversario, sino un rostro. Tender puentes, reconocer errores, dudar de las creencias que uno posee. El pensamiento débil parte de la libre interpretación frente a la interpretación absoluta y monolítica de la realidad. Por lo que debe enfrentarse al discurso televisivo. El pensamiento débil nos hace fuertes porque los errores que tomamos son pequeños y salvables, frente a los errores absolutos. Y por lo general, los errores absolutos, suelen acabar en grandes tragedias. En campos de concentración, en continentes asolados por el hambre o en aviones estrellándose contra rascacielos. El pensamiento hegemónico debe tener siempre detractores, pero nunca enemigos. Por eso el pensamiento débil es tan necesario en la sociedad del espectáculo. Siempre hay que ver la verdad en el otro y el error en nosotros.

Esta forma de entender el discurso debe asentarse en una hermenéutica que apoye la libertad de interpretación y que dé voz a los que no se les pregunta. Para ello deberá asociarse irremediabilmente con una hermenéutica en concreto. La hermenéutica literaria.

85 *Ibid.*, p. 232.

86 *Ibid.*, p. 235.

5.3. Hermenéutica literaria. Larga vida a la metáfora

El pensamiento débil puede ser el refugio actual de la filosofía. Al fin y al cabo, en una sociedad tremendamente superficial, lo profundo y complejo está destinado a unos círculos casi marginales. Necesita, así, una nueva forma de discurso, para poder batallar contra los absolutismos y los pensamientos unitarios y predominantes, sin llegar a ser el propio pensamiento débil un pensamiento absoluto. Para ello, habría que hermanar el pensamiento débil con el discurso metafórico, entrando en juego la descarga de lo absoluto que defiende Hans Blumenberg.

El absolutismo tiende a volver invisible la vida. El ser humano, al ser un sujeto finito, condicionado y mortal, se vuelve indiferente frente al absoluto. A través del dogmatismo, todo el que queda fuera de estos límites, queda completamente silenciado. La filosofía débil debe hacer visible lo que el pensamiento dominante quiere silenciar. Para ello, debe descargar cualquier atisbo metafísico y volverse un discurso metafórico. En referencia al profesor Antonio Rivera García:

Aquí se halla el verdadero mal de los absolutismos: nos amenazan con reducirnos a sujetos invisibles, a cosas sin valor alguno. Si la superación del absolutismo supone luchar por la visibilidad de cualquiera, la apología de la democracia implicará asimismo la inacabable pugna por que todos sean visibles, por que cuenten hasta las más insignificantes opiniones.⁸⁷

La soberanía de la modernidad, al partir de una metafísica de la razón absoluta, cree captar la realidad en su totalidad, comprenderla de forma atemporal y completa, pese al carácter finito y temporal del ser humano. Esto crearía un dogmatismo en el cual todo planteamiento que no se base en un racionalismo científico, carecerá de sentido, sería completamente inservible, por lo que, no merecería la pena “echarle un vistazo”. Sería, por lo tanto, silenciado, se volvería invisible. Un ejemplo claro de esto sería la *ley de los tres estados*, de Augusto Comte. En él se nos plantea la evolución del conocimiento humano desde un punto de vista progresivo, o lo que es lo mismo, excluyente con lo anterior. La ciencia positiva nos llevaría al conocimiento absoluto, y, por lo tanto, excluyente. “El espíritu humano, por su naturaleza se vale sucesivamente, en cada una de sus investigaciones, de tres métodos de filosofar, cuyos caracteres son en esencia diferentes e, incluso radicalmente opuestos: primero, el método teológico, a continuación, el método metafísico: por último, el método positivo”⁸⁸. Qué espacio tendría, en el estado más cercano al conocimiento absoluto, la poesía, los mitos o el arte, que no fuese únicamente el lúdico. En el estado positivista de la historia, estos conocimientos, si es que aún se les puede llamar así, no son más que meros juegos

87 Rivera García, A.: “Hans Blumenberg: mito, metáfora absoluta y filosofía política”. *Ingenium*. N.º 4, (2010), p. 147.

88 Comte, A.: *Curso de filosofía positiva*. Buenos Aires: Libertador, 2004, p. 21.

de palabras, de cabriolas visuales, de discursos ya superados por la magnificencia de un conocimiento capaz de captar la realidad en su totalidad.

Pero la realidad es mucho más compleja. Nociones como libertad, igualdad, verdad o incluso, lo real, difícilmente se pueden delimitar a través de un conocimiento científico férreo. Para ello, necesitamos de metáforas absolutas⁸⁹. Absolutas, no en el sentido de atemporal o universal, sino que se escapan a la plena conceptualidad racional, que se nos desbordan a la hora de afrontarlos a través de la razón pura. “Que se dé a esas metáforas el nombre de absolutas sólo significa que muestran su resistencia a la pretensión terminológica, que no se pueden resolver en conceptualidad, no que una metáfora no pueda ser sustituida o reemplazada por otra, o bien corregida por otra más precisa”⁹⁰. Afrontando estas nociones desde una experiencia puramente vital, para intentar resolver problemas irresolubles. Preguntas que, a lo largo de la humanidad, en tanto que el hombre es consciente de su mortalidad, siempre han estado ahí, en la base de nuestra existencia. “Las metáforas absolutas «responden» a preguntas aparentemente ingenuas, incontestables por principio, cuya relevancia radica simplemente en que no son eliminables, porque nosotros no las planteamos, sino que nos las encontramos como ya planteadas en el fondo de la existencia”⁹¹. Preguntas de las que no podemos escapar y a las que tenemos que responder, no apelando a una razón capaz de captar la realidad en su plenitud, sino desde la pura experiencia vital. Desde la humildad que nos brinda ser una pequeña mota de polvo en el infinito espacio universal. Lo que nos hace débiles, lo que nos hace pequeños, mortales y finitos, es lo que realmente nos hace grandes.

Pero en los debates televisivos, hay grandes mesías que poseen la infinita sabiduría necesaria para comprender estos términos tan complejos. Gurús predicadores de la verdad, de la libertad o de la igualdad, que venden, en varios sencillos pasos, la respuesta a estas grandes preguntas. Preguntas que, durante miles y miles de años, la humanidad ha sido incapaz de responder de manera unívoca, y cuando ciertas sociedades absolutistas han intentado responderlas absolutamente, grandes grupos de seres humanos han sido asesinados, maltratados o torturados. Pero ellos tienen la clave y si el espectador, ansioso de respuestas sencillas a problemas complejos, las quiere sólo tiene que pagar, ya sea a través de sus votos o a través de sus bolsillos. Frente a este

89 Aunque no se haga referencia directa, esta parte está influenciada por el artículo *Metáfora y mundo de la vida en Hans Blumenberg* de Luis Durán Guerra publicado en Revista de Filosofía Vol. 35, N.º 2, pp. 105-127.

90 Blumenberg, H.: *Paradigmas para una metaforología*. Madrid: Minima Trotta, 2003, p. 47.

91 *Ibid.*, p. 62.

espectáculo, cómo la filosofía de los débiles, de los invisibles, de los que no tienen certezas absolutas, puede enfrentarse a tal despliegue de luminosidad mesiánica.

Ya que la metáfora no busca una verdad en la realidad exterior, sino un continuo despliegue interpretativo dado por el devenir del diálogo entre seres conscientes de su mortalidad⁹². La hermenéutica que se debe desplegar no puede ser una basada en una búsqueda de verdades absolutas y unitarias. Más bien, se necesita una hermenéutica consciente del diálogo entre iguales, entre rostros que son conscientes de su finitud. La hermenéutica que tiene como base la metáfora y el pensamiento débil no puede buscar certezas fuera del propio diálogo y sus límites, tiene que buscarlas dentro del propio lenguaje. La hermenéutica metafórica y débil también tiene que ser literaria.

¿Qué es la hermenéutica literaria? Marquard en su libro *Apología de lo contingente*, se pregunta por la pregunta cuya respuesta es la hermenéutica. Y empieza el capítulo con un apunte bastante sencillo. Si tenemos el texto original, por qué vamos a necesitar la hermenéutica⁹³. Este simplismo conlleva a uno de los mayores problemas a los que se enfrenta la filosofía. Vemos esta forma de pensar por ejemplo, en el yihadismo, como hemos comentado ya antes. Las escrituras de Allah son claras y concisas, todo ser humano es capaz de comprenderlas. La ley moral es una y única. No hay interpretación que valga que no sea la literal. Esto sería una “hermenéutica singularizadora”⁹⁴. Sólo existe un sentido único, por lo que se debe imponer en la sociedad. El texto es absoluto, único y verdadero. Por eso cualquier intento de una interpretación no literal, debe ser castigado, ya que iría en contra del texto sagrado. Algo parecido ocurriría con las guerras civiles religiosas entre católicos y protestantes. Un texto sagrado tiene dos interpretaciones absolutas, dos hermenéuticas singularizadoras. Y cuando dos discursos absolutos chocan, uno tiene que acabar con el otro. La hermenéutica se torna violenta. Para que la filosofía pueda salir de este conflicto de alguna forma, necesita que el texto se vuelva literario, al igual que el lector.

92 En este sentido, la verdad se vuelve poética en tanto que es producida. Como aclararía José Antonio Marín Casanova en su artículo “Un sentir metafórico común: Vico y Blumenberg”: “La verdad humana, en contraste con la divina, lo es sensible, pero de una sensibilidad que no es mera percepción sensible, pasiva, sino que comporta, de modo afín a la divina, actividad, productividad, creatividad: lo verdadero es lo hecho (*verum ipsum factum*), lo que aparece a la mirada de la misma mente fantástica que lo ha creado; la verdad humana es una verdad poética, un *impossible credibile*”. (*Cuadernos sobre Vico*, 9/10, 1998, p. 114.) La verdad se encuentra siempre por hacer. De ahí la importancia de seguir buscándola de forma activa. A diferencia de la verdad como producto del discurso televisivo, que siempre se da como un bien de consumo, o lo que es lo mismo, pasivo.

93 Marquard, O.: *Apología de lo contingente*. Estudios filosóficos. Valencia: Institució Alfons El Magnànim, 1999, p. 125.

94 *Ibid.*, p. 140.

Como hemos apuntado antes, el texto se descarga de absoluto. “La hermenéutica responde a esa experiencia de la guerra civil hermenéutica por el texto absoluto, inventando el texto y el lector no absoluto, transformándose, por tanto, en hermenéutica pluralizadora, es decir, literaria”⁹⁵. Y he aquí la mayor arma que posee el pensador débil, la apertura del texto. Cuando el texto se presenta como absoluto, el lector absoluto cree poseer la potestad de poder usar la violencia contra el débil. El ser del lector como poseedor de la verdad univoca es indudablemente violento, se vuelve un “ser para matar”⁹⁶. Pero cuando el texto se abre, se vuelve conciliador. El débil tiene cabida en él. El texto se despliega, tiene vida, se adapta, respira y cambia. “Al interpretar la Biblia como literatura entre otras literaturas Schleiermacher descubre la condición fundamental de la hermenéutica pluralizante y literaria, es decir, la sociabilidad dialógica de la conversación infinita, que cede la palabra a todos, sin límite temporal y sin condición a la unidad”⁹⁷. Esta hermenéutica debe partir de la finitud del ser humano, de la propia vida individual y buscar siempre el diálogo. El texto se vuelve infinito debido a la finitud del lector. Parafraseando a Gadamer: “Todo hablar humano es finito en el sentido de que en él yace la infinitud de un sentido por desplegar e interpretar. Por eso tampoco el fenómeno hermenéutico puede ilustrarse si no es desde esta constitución fundamentalmente finita del ser, que desde sus cimientos está construida lingüísticamente”⁹⁸. La hermenéutica literaria es inagotable, se articula en el diálogo y en el debate entre iguales. Se vuelve absoluto al igual que la metáfora en la que se basa. No por su fundamentación totalitaria, sino por la vitalidad que les inyecta continuamente el intérprete. Como diría José Antonio Marín Casanova; “La Hermenéutica nos enseña a atenuar la finitud mediante la pluralidad, pluralizando el texto absoluto singular”⁹⁹. Si la filosofía débil nos hace grandes, la hermenéutica literaria y la metáfora absoluta hacen al texto eterno.

Pero qué pasa cuando aparecen intentos de instaurar en el diálogo abierto una interpretación singularizadora. Habríamos de preguntarnos qué podríamos hacer cuando este fenómeno aparece en la sociedad y cómo podríamos combatirlo sin el uso de la violencia y, a su vez, evitar proclamar otra interpretación singularizadora.

95 *Ibid.*, p. 140.

96 *Ibid.*, p. 142.

97 *Ibid.*, pp. 143-144.

98 Gadamer, H. G. *Verdad y método I*. Salamanca: Sígueme, 1999, p. 549.

99 Marín Casanova, J.A.: “Experiencia y finitud: La hermenéutica escéptica de Odo Marquard”. *Utopía y Praxis Latinoamericana*. Vol.21. Nº 72 (2016), p. 39.

5.4. Intolerancia, posverdad y bulos

En la sociedad del espectáculo podemos encontrar dos grandes representantes de los resquicios de una hermenéutica singularizadora. Por un lado, tenemos los vendedores mesiánicos y, por otro, a los intolerantes. A ambos se les combate desde la filosofía débil de la misma forma, pero en distinta proporción.

Por un lado, tenemos los vendedores mesiánicos, a los que se les llena la boca con la palabra éxito, libertad o igualdad. Por desgracia, estos vendedores tienen bastante repercusión. Como hemos visto antes, tienen un discurso sencillo sobre metáforas que desbordan cualquier interpretación. Venden lo existencialmente complejo como un producto fácil de consumir. A estos tenderos y comerciantes, a los que las palabras les quedan más grandes que sus discursos, rápidamente se les ven las costuras. Es ahí cuando el pensador débil debe atacar. Aunque tenga cierta afinidad con el discurso de estos nuevos predicadores, el pensador débil debe plantarse ante él y rebatirlo. No se le puede negar entrar en el diálogo, pero sí que se le debe atacar desde todos los ángulos. Suelen ser discursos maniqueos, basados en falacias y en medias verdades. Por lo que una retórica mínimamente estudiada puede vencerlos con facilidad, siempre y cuando no se caiga en su juego. El problema llega cuando en los medios de comunicación estos vendedores campan a sus anchas y tienen productos para todos los consumidores. A la filosofía débil le queda mucho trabajo por hacer, tiene que sufrir mucho y seguramente pierda muchísimas batallas, pero poco a poco tiene que ir ganando terreno y no soltarlo. Por ello es importante que las políticas nacionales defiendan los valores filosóficos y hagan accesibles canales para la difusión de esta nueva forma de pensar. Aunque por desgracia, poco a poco, la diferencia entre un plató de televisión y el Congreso de los diputados se vuelve más difícil de apreciar.

La complejidad llega cuando aparecen discursos intolerantes. Esto se vuelve mucho más peligroso. Para Karl Popper esto es una de las más grandes paradojas que presenta la democracia. “La tolerancia ilimitada debe conducir a la desaparición de la tolerancia. Si extendemos la tolerancia ilimitada aun a aquellos que son intolerantes; si no nos hallamos preparados para defender una sociedad tolerante contra las tropelías de los intolerantes, el resultado será la destrucción de los tolerantes y, junto con ellos, de la tolerancia. [...] Debemos exigir que todo movimiento que predique la intolerancia quede al margen de la ley y que se considere criminal cualquier incitación a la intolerancia y a la persecución”¹⁰⁰. Pero cómo definimos un discurso como

100 Popper, K. R.: La sociedad abierta y sus enemigos. Madrid: Paidós, 2010, p. 585.

“intolerante”. Si radicalizamos la noción de intolerancia, podemos caer de nuevo en un discurso unitario. Un ejemplo de ello puede ser en una dictadura socialista, un discurso liberal puede considerarse intolerable. Otro más concreto podría ser el macartismo que sufrió Estados Unidos en la década de los 50. Por lo tanto, las limitaciones a un discurso intolerable frente a otro se tornan algo muy complicado. Pero lo que sí que no se debe tolerar, son los discursos claramente intolerantes con las personas. Si se ataca directamente a la persona y no a su discurso, este discurso queda completamente invalidado. La homofobia, el racismo o los discursos difamatorios no tienen cabida en el diálogo abierto. Pero a diferencia de lo que planteaba Popper¹⁰¹, no se debe prohibir estas ideologías. Ya que esto sería como barrer la suciedad debajo de la alfombra. A su vez, muchas veces estos discursos se mueven en el límite de la libertad de expresión o la libertad religiosa. Prohibirlos, por lo tanto, les daría cierta condición de víctima, dándoles la vuelta al discurso. Pero sí que se debe condenar desde todos los ángulos y todos los discursos. Volvemos al ejemplo del yihadismo. Los creyentes del Islam deben atacar y condenar estas doctrinas. A su vez, los medios de comunicación no deberían dar voz a estos movimientos. Deberían, por otro lado, dar cabida a discursos más tolerantes, aunque compartan ciertas similitudes con los discursos intolerantes. Un ejemplo de esto podría ser las condenas a las dictaduras, tanto de izquierdas como de derechas, que debería profesar cualquier partido que se presente como democrático.

Mas los vendedores y los intolerantes también tienen sus armas, y por desgracia, usan el discurso abierto para utilizarlas. Una de ellas, más usada por los primeros, está en la posverdad. La verdad se ha hecho múltiple, que no relativa, así pues, la verdad se configura en el discurso, se vuelve ficcional. Ahí es cuando la propaganda entra en juego. La propaganda intenta pervertir la noción de verdad y usar la ingente cantidad de información que recibimos para hacernos creer verdades que no son tan contingentes. Como diría Charles Foster Kane en *Ciudadano Kane*: “Ellos creerán lo que les diga que tienen que creer”. Al recibir tantísima información, decidimos leer o ver la que más se adecúa a nuestro discurso. A su vez, el discurso de los medios de comunicación actuales necesita de un corte ideológico. No ya porque las personas que forman estos medios tienen su propia ideología, sino porque la información se ha vuelto un bien de consumo, por lo que hay que darle al consumidor lo que quiere consumir. Entonces aparece la posverdad. Los medios de comunicación y los políticos apelan a nuestras creencias y a nuestras emociones, no para buscar una verdad genuina en el discurso como por ejemplo puede hacer el arte, sino, más bien, para conseguir votos o visualizaciones. Pero cómo podemos paliar los efectos de la posverdad. Pues Harari diría que “Es responsabilidad de todos dedicar tiempo y esfuerzo a descubrir nuestros prejuicios y a

101 *Ibíd.*, p. 585.

verificar nuestras fuentes de información”¹⁰². Es fácil caer en el juego de la posverdad, por eso hay que entrar siempre con cierto escepticismo a la hora de informarse sobre la actualidad. Todo caemos de alguna forma u otra en la posverdad, pero tenemos que ser conscientes de nuestros prejuicios y buscar siempre, en la medida de lo posible, la pluralidad a la hora de acercarnos a la prensa.

Por último, tenemos los bulos o las *fake news*. Aquí el problema se agrava aún más que con la posverdad. Ya no es que se pretenda meter en el discurso información sesgada, sino que directamente se quiere introducir la mentira. Un bulo es directamente una noticia falsa. No hay ningún problema de interpretación porque no hay una búsqueda de una verdad en el diálogo, sino un intento radical de romperlo. El sujeto que decide mentir para manipular este diálogo no tiene cabida en él. Hay que ser más restrictivos contra los bulos que contra la intolerancia, aunque muchas veces van unidos. Los bulos funcionan como un virus. Utilizan la velocidad de la red y las creencias de los individuos para retransmitir lo más rápido posible una noticia falsa. Con ello consiguen crispación social, ya que, aun cuando luego se descubra esta mentira, habrá llegado a tanta gente que muchos de ellos no verán el desenmascaramiento. El bulo habrá logrado su cometido. Obviamente, la mejor forma de enfrentarse a los bulos es esperar y buscar siempre nuevas fuentes de información para contrastarlos. Pero claro, la rapidez y la impaciencia que impera en la sociedad del espectáculo pocas veces deja cabida para el reposo. Por lo que habría que sancionar cualquier mentira flagrante y demostrable. El problema es que es difícil rastrear este tipo de comportamientos en las redes sociales, que es donde suelen imperar. Crear una inteligencia artificial que los controlara sería peligroso, ya que los usuarios podrían aprovecharse del sistema y utilizarlo en contra de noticias que no son bulos. A su vez, una empresa privada encargada de desmontar bulos tendría dos problemas esenciales. Uno de ellos sería, de nuevo, la imposibilidad de controlar la expansión de esos bulos. Y otro sería que esas propias empresas podrían tener intereses políticos y volveríamos a caer en la posverdad como propaganda. Por último, y tal vez la más eficaz, sería la sanción económica en caso de que un juez observe que hay delito de calumnias o de odio. Esta sería, tal vez, la opción más eficaz, pero no exenta de problemas, como la delimitación de qué es un delito de odio y qué no.

El papel de la filosofía en una sociedad del espectáculo posthistórico es complejo. Ya que se enfrenta a la difícil tarea de hacerse un hueco en una sociedad donde apenas tiene sitio. Pero debe seguir trabajando duro, para que, poco a poco, pueda ir teniendo más relevancia en la sociedad. Se enfrentará a muchos enemigos, a un discurso predominante en el que le es complicado luchar y a un

102 Harari, op.cit, p. 268.

mundo que ha perdido la fe en las narrativas filosóficas. Pero en esa debilidad debe alcanzar su fuerza, ya que el papel que debe desempeñar en las sociedades democráticas debe ser crucial. No tanto como fundamento, sino como espíritu crítico y vital. Con el 11-S culminaría la historia moderna y con ello, la filosofía en tanto que metafísica onto-teológica. Esto nos dejaría un nuevo campo de comprensión tan fértil como peligroso, en el que la nueva filosofía debe florecer. Tal vez la filosofía puede haber perdido, pero nunca debe darse por vencida.

“No es vencido sino el que se cree serlo”¹⁰³

6. Conclusión

Hemos analizado cómo el agotamiento total de las narrativas fuertes ha abocado a una narrativa dominante tan superflua que deja poco espacio para discursos filosóficos. Poco sentido tendría en la actualidad el ágora ateniense. La rapidez y la inmediatez de la información que recibimos es tal, que el discurso que domina es el del espectáculo. Uno donde el posicionamiento, la publicidad y el consumo juegan un papel tan central que, si no juegas con sus reglas, te vuelves invisible. Por lo tanto, el acontecimiento más importante que configuraría la interpretación posthistórica de esta sociedad debe ser uno que hiciera visiblemente espectacular algo terrible que estaba oculto. Que utilizase el propio discurso dominante para atacarlo frontalmente. Siendo, como hemos visto a la largo de todo el trabajo, el 11-S. En consecuencia, la filosofía tiene la difícil tarea de, por un lado, combatir el discurso dominante y por otro, no caer en los absolutismos que hizo que ella misma se autodestruyera. Para ello, necesitaría de una filosofía débil, apoyada en un desbordamiento de absoluto y en una hermenéutica literaria y metafórica. La filosofía debe vencer, pero, sobre todo, debe convencer.

103 De Rojas, F.: La celestina. Lisboa: Amigos Do Livro, 1985, p. 111.

7. Bibliografía

- Agustín de Hipona.: La ciudad de Dios. Madrid: Tecnos, 2010.
- Berlin, I.: Los dos conceptos de la libertad. Madrid: Alianza editorial, 2014.
- Blumenberg, H.: Paradigmas para una metaforología. Madrid: Minima Trotta, 2003.
- Camus, A.: El hombre rebelde. Barcelona: Alianza Editorial, 2017.
- De Rojas, F.: La celestina. Lisboa: Amigos Do Livro, 1985.
- Durán Guerra, L.: “Metáfora y mundo de la vida en Hans Blumenberg”. *Revista de Filosofía*. Vol 35, N.º 2, (2010).
- Eliade, M.: Lo sagrado y lo profano. Barcelona: Paidós, 2017.
- Fukuyama, F.: “After Neoconservatism”. *The New York Times*, (16 febrero 2006).
- Fukuyama, F.: ¿El fin de la historia? y otros ensayos. Madrid: Alianza, 2015.
- Fukuyama F.: El fin de la Historia y el último hombre. Barcelona: Planeta, 1992.
- Gadamer, H. G.: Verdad y método I. Salamanca: Sígueme, 1999.
- Harari, Y.: N. 21 lecciones para el siglo XXI. Barcelona: Debate, 2018.
- Hegel, F.: Introducción general y especial a las “Lecciones sobre la filosofía de la historia universal”. Madrid: Alianza Editorial, 2013.
- Kant, I.: “¿Qué es la Ilustración?”. *Foro de Educación*, nº11, (2009).
- López López, P.: “La comunicación filosófica y su divulgación”. *Estudio Agustiniano*. N.º 48, (2013).
- Luna Alcoba, M.: ¿Por qué el terrorismo? Google books: 2009.
- Lyotard, J.F.: La posmodernidad (explicada a los niños). Barcelona: Gedisa, 1994.
- Marín Casanova, J. A.: “Un sentir metafórico común: Vico y Blumenberg”. *Cuadernos sobre Vico*. N.º 9-10 (1998).
- Marín Casanova, J. A.: Las Razones de la Metáfora o el cancerbero de Vico (Nietzsche, Ortega, Blumenberg). Sevilla: GNE (Grupo Nacional De Editores), 2006.
- Marín Casanova, J. A.: “Tics de la Postmodernidad, o cómo se acabó el cuento de (la Historia y la Filosofía en) la modernidad”. M. Almagro (ed.), Representaciones de la postmodernidad: Una perspectiva interdisciplinar. Sevilla: Arcibel, 2011.
- Marín Casanova, J. A.: “La pragmática productividad conceptual de la metáfora: el ‘giro diafórico’ en Blumenberg y Rorty”. *Lo Sguardo-Rivista di Filosofia*. Vol. 1. N.º 17 (2015).
- Marín Casanova, J. A.: “Experiencia y finitud: La hermenéutica escéptica de Odo Marquard”. *Utopía y Praxis Latinoamericana*. Vol. 21. N.º 72 (2016).
- Marín Casanova, J. A.: “Posverdad y fake news ¿Moda o modo?” *Ámbitos: revista de estudios de ciencias sociales y humanidades*. N.º 41 (2019).

- Marquard, O. Apología de lo contingente. Estudios filosóficos. Valencia: Institució Alfons El Magnànim, 1999.
- Maududi, A. A.: Ethical Viewpoint of Islam. Lahore: Islamic Publications, Sin fecha.
- Ortega y Gasset, J.: La rebelón de las masas. Barcelona: Austral, 2017.
- Popper, K. R.: La sociedad abierta y sus enemigos. Madrid: Paidós, 2010.
- Postman, N.: Divertirse hasta morir. El discurso público en la era del “show business”. Barcelona: Ediciones de la Tempestad, 2001.
- Rivera García, A. “Hans Blumenberg: mito, metáfora absoluta y filosofía política”. *Ingenium*. N.º 4, (2010).
- Rorty, R.: Forjar nuestro país. El pensamiento de Izquierdas en los Estados Unidos del Siglo XX. Barcelona, Paidós, 1999.
- Rorty, R.: Objetividad, relativismo y verdad. Barcelona: Paidós, 1996.
- Sanmartín Espluges, J.: “Éticas teleológicas y terrorismo islamista”. *Isegoría*. N.º 46, (2012).
- Schiller, F.: Escritos de Filosofía de la Historia. Murcia: Universidad de Murcia, 1991.
- Unamuno, M.: Del sentimiento trágico de la vida. Barcelona: Austral, 2007.
- Vattimo, G.: De la realidad; fines de la filosofía. Barcelona: Herder Editorial, 2013.
- Vattimo, G.: El fin de la modernidad. *Nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna*. Barcelona: Gedisa, 2015.